


BIANCA

Daphne Clair

# LÁGRIMAS DEL PASADO

# Lágrimas del pasado
# Daphne Clair

*Seducir a aquella joven era un verdadero desafío*

*Gabriel Hudson era uno de los empresarios más importantes de Nueva Zelanda... y no estaba acostumbrado a que lo rechazaran. Por eso decidió seducir a la bella Rhiannon Lewis, sin importarle cómo.*

*Gabriel tenía a su disposición todo lo necesario para cortejarla y atraerla. Pero cuando nada de eso funcionó, Gabriel se dio cuenta de que debía cambiar de estrategia: tenía que ser más dulce y delicado.*

*El resultado fue impresionante; Rhiannon empezó a ser más accesible, pero también le reveló algo que él no esperaba...*

**LÁGRIMAS DEL PASADO (2004)**
**Titulo original:** The determined virgin (2003)
**Traductor:** Marisa Ferrándiz Martín
**Editorial: Harlequin Ibérica**
**Sello / Colección: Bianca 1475**
**Protagonistas:** Gabriel Hudson y Rhiannon Lewis
**ISBN: 9788467113945**

# Capítulo 1

RHIANNON odiaba los ascensores, pero los pisos bajos del aparcamiento elevado estaban completos cuando ella había llegado por la mañana, y subir todas las escaleras cargada con una caja de azulejos no parecía una idea sensata. Cualquier persona normal hubiera agradecido encontrarse con las tentadoras puertas abiertas del ascensor. Llevaba más de cinco años tratando de convertirse en una persona normal. Tomó una bocanada de aire, se metió en el compartimento y apretó el botón correspondiente, aliviada al ver que era la única pasajera.

Pero cuando las puertas estaban a punto de cerrarse, alguien metió la mano para interrumpir la cédula electrónica y apareció un hombre alto vestido con un traje gris. Rhiannon se pegó inmediatamente a la pared para establecer la mayor distancia posible entre ella y el extraño.

No pasa nada, se dijo, es sólo un hombre normal y corriente. Pero no pudo evitar echarle una ojeada para tranquilizarse y descubrió que él la estaba contemplando perezosamente de arriba abajo, apoyado en una esquina con los brazos cruzados, desde su cabello largo y moreno, hasta su blusa crema y su falda verde musgo.

Rhiannon sintió un escalofrío en la nuca y se le aceleró el ritmo cardiaco. Trató de respirar con calma, pero supo de inmediato que no se trataba de un hombre corriente.

El traje, la camisa azul de rayas y la corbata de seda oscura eran totalmente convencionales y se ajustaban perfectamente a un cuerpo magro dándole un aire de apostura natural. Su rostro parecía cincelado como el de una estatua griega y su espeso cabello rubio ondulado y bien cortado añadía distinción al conjunto.

Cuando llegaron al cuarto piso, el hombre dejó que Rhiannon lo precediera. Ella alzó la caja que portaba y se dirigió hacia el tramo de escaleras que conducía a la zona 4-B. Él la tocó en un brazo.

—Esa caja parece pesar mucho. ¿Quiere que la ayude?

Ella tenía el pie casi en el primer escalón, pero se asustó y perdió el equilibrio al intentar rechazar la oferta. Se cayó y se dio un golpe en el codo contra las escaleras mientras la caja se

estrellaba y los azulejos se desparramaban por el suelo, rompiéndose en mil pedazos. Confusa por el estropicio, apenas oyó la maldición que había soltado el hombre cuando se puso a frotarse el codo lastimado, con los dientes apretados e intentando contener las lágrimas.

—¡Lo siento! —exclamó el hombre con tono preocupado y culpable. Ella miró sus ojos azules enmarcados en el rostro griego, que estaban a menos de un palmo de los suyos. Él estaba de rodillas, mirándola intensamente—. No pretendía asustarte. ¿Te has hecho daño? Déjame ver —dijo tomándola del brazo.

Un aroma varonil a limón y especias la inundó.

—Estaré perfectamente dentro de un minuto —se defendió ella, apartando el brazo.

—Estás pálida.

Era cierto que ella se había mareado ligeramente, pero empezaba a reponerse.

—Estoy bien —dijo intentando levantarse.

—¡No te muevas! —exclamó él—. Es mejor que no te muevas durante un rato. Tómatelo con calma.

Ella no sabía cómo interpretar sus palabras, pero el tono autoritario y cauteloso la ayudó a recobrar la calma. Ese hombre no iba a atacarla, se dijo. Haciendo un esfuerzo por relajarse, Rhiannon se dio cuenta de que la mano que la sujetaba era cálida y, para sorpresa suya, casi reconfortante. Al cabo de unos instantes, él la soltó y se puso a recoger los trozos de azulejos para meterlos de nuevo en la caja.

—Muchos se han roto —dijo él—. Pagaré por ellos.

—No es necesario —repuso ella—. Iba a romperlos de todas maneras.

—¿Para combatir el estrés? —preguntó él con una sonrisa mientras continuaba con su tarea.

—Son para hacer un mosaico —explicó ella con renuencia—. La mayoría estaban ya rotos.

—Mosaicos… ¿Es un pasatiempo o lo haces para ganarte la vida?

—A medias —dijo Rhiannon dubitativa.

—¿Me dirías cómo te llamas?

—Lo dudo.

Él le dirigió una mirada sardónica.

—¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien —dijo ella, tomando el bolso e intentando ponerse en pie.

Se desequilibró y volvió a sentarse.

—¿Estás segura de que no te has roto un hueso? —preguntó él con el ceño fruncido.

Rhiannon movió el codo, comprobando si podía hacer un giro completo. Le dolía.

—Sólo tengo una magulladura, eso es todo. Lo que me preocupa es que no voy a ser capaz de llevar todos esos azulejos hasta mi coche.

—Dime dónde está y te los llevaré yo.

Sin alternativa posible, ella empezó a subir las escaleras, consciente de los pasos del hombre detrás de ella.

—¿Puedo hacer algo más por ti? —preguntó él cuando hubo dejado la caja en el maletero.

—No, gracias, ya has hecho bastante. Has sido muy amable —se apresuró a decir ella.

—Esas palabras son demasiado generosas, teniendo en cuenta que he tenido la culpa de que te cayeras.

—No, no ha sido culpa tuya —dijo ella, consciente de que cualquier otra mujer hubiera aceptado de inmediato la oferta de ayuda de un hombre tan guapo, en vez de darse un susto de muerte y caerse.

—¿Cuentas con alguien para que te ayude a descargarlos?

—Sí —contestó ella escuetamente antes de abrir la puerta y sentarse al volante.

Él esperó a que ella encendiera el motor con expresión atribulada, levantó la mano en gesto de despedida y se hizo a un lado.

Mientras entraba en la rampa de salida, Rhiannon echó un vistazo al espejo retrovisor y se dio cuenta de que él la seguía con la mirada.

Cuando ella hubo desaparecido, Gabriel Hudson se metió las manos en los bolsillos y se relajó. Una chica agradable, se dijo. Obviamente, no tenía por costumbre ligar dentro de un aparcamiento, pero ninguna mujer lo había rechazado de manera

tan contundente hasta el momento. Incluso antes de comprar un negocio en ruina y convertirlo en una de las empresas privadas de mayor prestigio de Nueva Zelanda, siempre había tenido una suerte envidiable con las mujeres. Su apostura no solía desalentarlas. Sin embargo, la que acababa de conocer se había refugiado contra la pared del ascensor en cuanto él había entrado y se había negado a mirarlo a los ojos, permitiéndole estudiarla a su gusto, antes de levantar la vista durante una fracción de segundo.

Sus enormes ojos verdes parecían temerosos y había separado los labios para respirar con inquietud. Eran unos labios tentadores, bien dibujados y muy femeninos, sonrosados. Su brillante melena era castaña con reflejos caoba y acariciaba un cutis tan suave como un pétalo de rosa, pero el corte de pelo era sencillo y sin pretensiones. La caja que llevaba tapaba parcialmente su figura, pero la falda era lo suficientemente corta como para dejar ver unas piernas perfectamente formadas.

Sintió un estallido de deseo que lo sorprendió porque no recordaba una reacción semejante ante una desconocida desde su época de adolescente. Su intención de ayudarla a llevar la caja no había sido enteramente altruista. No había pensado en seducirla en las escaleras, pero tampoco había querido dejar pasar la oportunidad.

No debería haberla tocado, eso era lo que había provocado el susto y la caída. Maldijo por lo bajo recordando la palidez de su rostro en contraste con los ojos verdes llenos de inquietud y la boca firmemente apretada. Seguramente, en ese momento se habían acabado para siempre sus posibilidades de intimar algo más con ella. Provocar la caída de una mujer no era el mejor modo de hacer amistades. Había tenido que conformarse con acompañarla al coche y dejarla marcharse. No le quedaba más remedio que olvidar el desastroso encuentro.

Rhiannon condujo con cuidado mientras su brazo se entumecía cada vez más y los músculos del hombro se tensaban hasta quedarse casi rígidos. Aprovechó un semáforo en rojo para hacer ejercicios de relajamiento mientras recordaba el rostro del apuesto desconocido y cómo su mano se había posado sobre ella con fuerza, pero sin intimidarla. También recordaba sus ojos que parecían cambiar

constantemente desde un color gris plateado al azul del cielo de una mañana de invierno, siempre cálidos. Se encendió la luz verde del semáforo y ella aceleró demasiado. Estaba inquieta, con los nervios de punta. Una extraña sensación le aceleró el ritmo del corazón erráticamente. Sintió una oleada de calor y una repentina debilidad.

Cuando llegó a la antigua mansión dividida en pisos y situada en la colina del monte Albert que compartía con una amiga, recogió parte de los azulejos y los llevó hasta la espaciosa habitación que se había convertido en estudio.

En el futuro, podría hacer algunos mosaicos pequeños en la trastienda de la galería de arte que poseía en el centro de la ciudad, pero por el momento estaba concentrada en un encargo de un tríptico relativamente grande. La malla metálica que haría de base para el mortero y las teselas estaba desplegada sobre el suelo de madera y ya se apreciaban las líneas maestras del diseño. Se acercó al lavabo y se aplicó una compresa de agua fría sobre la magulladura.

Cuando llegó Janette, su compañera de piso, que era enfermera en una clínica privada, le movió el brazo con gesto experto para comprobar que todo estaba en orden.

—Nada roto, al parecer —dijo Janette finalmente con una sonrisa—, pero quizá no sería mala idea que te hicieras unas radiografías.

—Lo haré si veo que la cosa no mejora —prometió Rhiannon, agitando la cabeza.

Después de la cena, metió los azulejos en un paquete hecho con papeles de periódico y los golpeó con un martillo usando la mano izquierda. Tal y como le había dicho al desconocido en el aparcamiento, la mayoría de los baldosines ya estaban rotos. Procedían de un edificio en demolición. Colocó varios trozos sobre el mosaico y se sumergió en el disfrute de la creación artística.

El siguiente viernes, mientras entraba en el edificio del aparcamiento, sintió cómo una voz masculina no del todo desconocida se dirigía a ella. Era el dios griego.

—Hola, otra vez —dijo acercándose—. ¿Cómo va tu brazo? —preguntó admirando el vestido sin mangas de color crema que ella

llevaba.

—Muy bien, gracias —repuso ella cautelosamente.

—Aún se aprecia la magulladura —dijo él acariciando sutilmente el cardenal y provocándole un leve estremecimiento que recorrió todo su brazo y la hizo retirarse—. ¡Lo siento! —se apresuró a disculparse él—. ¿Todavía te duele tanto?

—No —repuso Rhiannon, creando un espacio de seguridad entre ellos.

—Entonces te pido perdón por haberme tomado la libertad de tocarte —dijo él con una sonrisa intrigante.

—No tiene importancia —contestó ella con frialdad, pensando que el ligero toque no podía considerarse una agresión en modo alguno.

Mucha gente tenía la costumbre de tocarse a veces, sin ánimo de intimar, por pura cordialidad.

Ella se dirigió hacia las escaleras.

—¿No vas a utilizar el ascensor? —preguntó él.

—Subir las escaleras me mantiene en forma —dijo ella, incapaz de confesar una fobia.

Él se situó junto a ella para acompañarla y Rhiannon sintió cómo todas sus alarmas se disparaban. Miró hacia otro lado e hizo caso omiso de la presencia de él.

—¿Quieres que vuelva a disculparme por ser demasiado atrevido? —preguntó él con dulzura, siguiéndole los pasos.

Ella meneó la cabeza, el pánico le atenazaba la garganta, aunque la lógica le decía que se estaba comportando de una forma ridícula. La estaba acompañando un hombre apuesto que, al parecer, se sentía atraído por ella. La mayoría de las mujeres se sentirían halagadas y le regalarían una sonrisa de complicidad. Rhiannon se resintió de no poder comportarse como una mujer normal.

—Creo que te debo algún tipo de compensación —dijo él al cabo de unos instantes—. ¿Me permitirías que te invitara a un café? ¿O a cenar?

—No me debes nada —repuso ella con tirantez.

—¿Estás casada? —inquirió él—. ¿O comprometida?

—¡No! —exclamó ella, perdiendo por completo el, control de la situación.

—¿Entonces me odias? Sería normal después de haberte

provocado un accidente.

—No te odio... ni siquiera te conozco —dijo ella dubitativa.

Si de verdad quería convertirse en una mujer normal, debería empezar a actuar como tal. El pasado era el pasado y había que dejarlo atrás.

Llegaron al vestíbulo y él se detuvo un instante, interrumpiéndole el paso, para sacar una tarjeta de visita del bolsillo y entregársela.

—Soy Gabriel Hudson. Me dedico al transporte aéreo de mercancías.

No era un nombre que pasara desapercibido. Como todo el mundo sabía, Gabriel Hudson poseía una de las empresas más importantes del país. Un vistazo a la tarjeta confirmó su intuición, allí estaba el logotipo con las dos alas cruzadas de un ángel que representaba a la empresa y el nombre de la misma junto al del propio Gabriel. Toda la propaganda de la compañía se basada en destacar el cuidado y la rapidez de entrega, con delicados ángeles que portaban paquetes cuyo destino podía ser cualquier parte del globo terrestre. La empresa era bien conocida porque era la única que aseguraba un transporte de puerta a puerta.

Gabriel Hudson era un hombre respetado por la comunidad y admirado por su éxito creciente en el mundo de los negocios. Un éxito que había empezado a fraguarse cuando aún tenía veinte años y que el año anterior le había permitido incorporarse a la lista de los diez hombres más acaudalados de Nueva Zelanda, aunque no era de los que se dejaban fotografiar para las revistas del corazón.

—Alguna vez he utilizado vuestros servicios —dijo Rhiannon.

—¿Hemos transportado tus mosaicos?

—No, obras de arte de otras personas y libros.

—¿Libros?

—Tengo una galería de arte en la que también vendo libros.

—¿Dónde? —preguntó él inclinando la cabeza.

Ella se doy cuenta de que ya había hablado demasiado, pero no podía desairarlo.

—Acabamos de instalarnos en la calle Mayor —dijo recordando que el alquiler en el centro de la ciudad duplicaba el que había estado pagando en cuentas cien veces y finalmente había apostado por conseguir que su negocio creciera.

—¿Cómo se llama?

—Mosaica.

Un hombre joven llegó a toda prisa procedente de las escaleras y Gabriel tomó a Rhiannon por la cintura para apartarla un poco y dejarlo pasar. El hombro de ella chocó ligeramente contra él y su cadera rozó la de Gabriel. Reconoció el aroma a limón y especias que había descubierto en su primer encuentro.

—¿Vas a decirme cómo te llamas?

—Rhiannon —dijo ella—. Rhiannon Lewis.

—Rhiannon —repitió él—. Suena gales, ¿no?

—Sí en origen.

—Me gustaría visitar la galería en algún momento quizá podríamos escaparnos un momento para tomar ese café —dijo él sin dar demasiada importancia  a sus palabras y con la suave mirada del cielo de una mañana invernal.

Se trataba de un hombre civilizado, de un hombre conocido y respetado. Y era tan guapo y tan amable  ella lo rechazaba no tardaría mucho en encontrar a otra mujer de talante más amistoso. Y, a pesar de todo, ella dudó.

—No me gusta dejar a mi ayudante mucho tiempo a solas.

—¿Al final de la jornada, pues?

—Tengo que hacer la contabilidad —Gabriel inclinó la cabeza mirándola con una sonrisa enigmática. Pensaba que ella se estaba portando con demasiados remilgos. Pero Rhiannon se decidió de pronto—. Eso me llevará unos veinte minutos. Cerramos a las seis, excepto los sábados, que nos vamos a las dos en punto.

¿Era ella realmente la que había dicho eso? No se lo podía creer. ¿Había aceptado tácitamente la invitación de un hombre? El corazón le latió a toda velocidad durante unos instantes y luego se aquietó.

Gabriel asintió con la cabeza, asumiendo la información. Después, la acompañó hasta el coche y esperó mientras ella se abrochaba el cinturón de seguridad antes de despedirse con la mano.

De camino hacia su propio coche, Gabriel iba con el ceño fruncido. Al principio había pensado que la mujer cuyo nombre acababa de conocer lo había obsesionado desde un principio porque

se había sentido culpable de asustarla, provocándole una caída. Pero al verla de nuevo ese día había sentido una punzada de emoción y una extraña sensación de presión en el pecho mientras las palmas de sus manos se humedecían. No había vuelto a sentirse tan impresionado desde la primera vez que le había pedido una cita a una chica en plena época adolescente.

Deseaba agarrarla y mantenerla junto a sí hasta conocer el último de sus secretos. Pero recordó que ella saltaba como una gacela asustada y se alejaba cada vez que él intentaba tocarla. Aunque también era cierto que se había relajado un poco al ver su nombre en la tarjeta de visita de la empresa. No pudo evitar una mueca de cinismo, estaba demasiado acostumbrado a que las mujeres avivaran su interés por él al enterarse de quién se trataba. Pero incluso conociendo su identidad, Rhiannon había dudado tanto que su capitulación final lo había sorprendido.

Se metió en el Audi y puso el motor en marcha. Rhiannon. Le gustaban las sílabas de su nombre, casi tanto como le había gustado ella cuando la había visto por primera vez.

Mirando ambos espejos, dio marcha atrás y se dirigió hacia la rampa de salida. Era verdad que ella apenas lo conocía, pero... ¿era eso razón suficiente como para mostrarse tan distante? ¿Se comportaba así con todos los hombres? ¿Qué razones podían justificar que una mujer se mostrara tan cautelosa?

Un par de ideas acudieron a su mente y sus dedos ve aferraron de forma inconsciente al volante. Le dolía la mandíbula y se dio cuenta de que llevaba los dientes apretados al máximo. Flexionó los músculos para relajarse, obligándose a no llegar a conclusiones demasiado precipitadas. Sólo porque una mujer no se hubiera arrojado en sus brazos a la primera ocasión y porque pareciera no sentirse afectada por su apostura, no podía ponerse a pensar que hubiera algo raro en ella.

Quizá ese desinterés fuera realmente lo que más lo intrigaba de ella. No había reaccionado como la mayoría de las mujeres, a pesar de que él había mostrado sin ambages un genuino interés por ella. Sus intencionadas miradas no habían recibido respuesta y no deseaba el contacto físico. Todo eso tendría que cambiar, se propuso.

# Capítulo 2

GABRIEL planeó su estrategia meticulosamente. Dejó pasar un par de semanas antes de presentarse en Mosaica justo antes de la hora de cerrar.

Rhiannon estaba en el mostrador atendiendo a un cliente y no había ni rastro de la otra persona que la ayudaba.

Inspeccionó las pinturas, las esculturas y otras obras de arte realizadas con diferentes técnicas, poniendo una especial atención en los mosaicos. Luego, pasó la vista por los lomos de los libros que había en una zona de estantes mientras escuchaba palabras sueltas de la conversación que se desarrollaba en el mostrador.

La voz de Rhiannon, cálida y confiada, describía el proceso de horneado y esmaltado de la pieza de cerámica que el cliente había elegido. Puesto que éste era extranjero, le ofreció mandársela por correo a su domicilio. Cuando terminaron la transacción, ella le dio las gracias y se despidió cordialmente.

Una niña pequeña y su madre habían estado curioseando un rato, pero se marcharon sin comprar nada. Gabriel tomó en las manos un libro sobre escultura de madera tallada al viejo estilo indígena de la zona y la llevó hasta el mostrador.

Rhiannon parpadeó al reconocerlo, tensándose ligeramente. No era la reacción que él hubiera preferido, pero al menos demostraba que su presencia tenía algún efecto sobre ella.

Ofreciéndole su mejor sonrisa, Gabriel puso el libro sobre el mostrador y sacó una tarjeta de crédito.

Ella se sintió desconcertada, pensando que quizá se había olvidado de ella, puesto que se comportaba como un cliente cualquiera.

Perceptivo, Gabriel le lanzó una mirada que quería decir: «Ni lo sueñes». Ella estaba aún más adorable de lo que recordaba. Y tenía que reconocer que se había acordado muchas veces durante los últimos quince días.

Ella pasó la tarjeta por el terminal bancario, envolvió el libro habilidosamente y se lo entregó. Gabriel tuvo que resistir la tentación de rozarle los dedos durante el acto de entrega.

—Gracias, Rhiannon —dijo antes de señalar un mosaico que

representaba a una hermosa ave del paraíso rodeada de juncos y helechos—. ¿Es tuyo?

—No, ése no.

—¿Los diseños abstractos que hay junto a la entrada?

—Esos sí son míos.

—Estoy impresionado —se trataba sólo de una charla intrascendente cuyo único fin era que ella se relajara, pero no había mentido: los mosaicos de Rhiannon lo habían impresionado realmente—. Este lugar tiene mucha clase.

—Gracias, espero que te guste el libro.

—Eso dalo por descontado. ¿Tienes tiempo para tomar esa taza de café?

—Tendrás que esperar a que termine de cuadrar las cuentas.

—No hay problema —contestó él encogiéndose de hombros—. ¿Quieres que te ayude a cerrar las puertas?

—Ya lo haremos cuando salgamos —dijo ella algo desconcertada.

¿Tenía miedo de quedarse encerrada a solas con él? Gabriel no sabía si sentirse insultado, consternado o divertido.

Sin embargo, ella cerró la gran hoja de cristal y puso el cartel de «cerrado», pero no echó las persianas metálicas. Luego, vació la caja registradora para a continuación desaparecer en la trastienda, dijo:

—Puedes seguir curioseando todo lo que quieras— dejando bien claro que no lo invitaba a seguirla.

¿Qué secretos guardaría en la trastienda?

Gabriel pasó el tiempo inspeccionando las mercancías de la galería con mayor detenimiento, parándose finalmente ante un mosaico colgado en la pared. Las piedras de colores, la pintura metálica y los trozos de cable de cobre enroscados añadían riqueza al caos aparente. Pero el efecto visual del conjunto era como una ilusión óptica en la que todos los elementos se unían para formar dibujos intrincados e hipnóticos.

—Quiero ese mosaico —dijo Gabriel abruptamente cuando Rhiannon se reunió con él al fin, con el bolso colgando del hombro —. Es tuyo, ¿no?

—¿Has visto la firma?

Él se fijó por primera vez en las diminutas iniciales que había en una esquina. Deseó sorprenderla admitiendo que simplemente lo

había adivinado, pero se conformó con una sonrisa tímida.

—¿Lo dices en serio? —preguntó ella.

—Totalmente en serio. Puedo llevármelo en otra ocasión, pero no tengo inconveniente en dejarlo pagado ya.

—No es necesario. Pondré un cartel de «vendido» hasta que vengas a por él. Y si cambias de opinión...

—Yo nunca cambio de opinión cuando veo algo que me interesa —dijo él mirándola a los ojos con un destello que produjo una reacción de alarma en ella. «Retírate a tiempo», se dijo Gabriel, «esta mujer es diferente». Lo intentó de nuevo con otra sonrisa diferente—. ¿Vamos pues?

—Hum, sí.

Rhiannon cerró las persianas automáticas y echó el candado. Las luces de las farolas sacaban reflejos de color cobre y dorado a su pelo. Una vez en la calle se sintieron abordados por la música trepidante que salía de unos de los bares. Gabriel echó una ojeada a las luces de neón que anunciaban el local.

—Me gustaría encontrar un sitio un poco más tranquilo, si te parece bien.

—Que no sea demasiado pequeño —dijo Rhiannon con un balbuceo; ante su amable pero inquisitiva mirada, añadió—: Me gusta tener un poco de sitio a mi alrededor, ¿a ti no? —él era un hombre alto y fuerte y ella estaba segura de que preferiría sentarse en algún lugar cómodo donde pudiera estirar las piernas.

—Sé lo que quieres decir —concedió él con facilidad—. Esos sitios donde te tienes que arrimar a una mesa pequeña y tener cuidado para no dar con el codo al vecino son muy incómodos.

Caminaban el uno al lado del otro. Gabriel llevaba una mano en el bolsillo del pantalón y la otra colgando junto al costado. Esa noche vestía un traje oscuro, sin corbata. El primer botón abierto de su camisa revelaba una pizca de su piel morena.

Una pareja de enamorados que venía en dirección contraria, con los brazos el uno alrededor del otro, y sin prestar ni la menor atención al resto de los peatones, estuvo a punto de golpear a Rhiannon. Gabriel la tomó por la cintura y la apartó un poco, luego, la soltó.

Al volver una esquina apareció otro bar.

—¿Qué te parece este sitio?

A través de las cristaleras Rhiannon vio un lugar espacioso lleno de mesas con preciosos manteles y velas encendidas.

—Parece caro —dijo.

Él rió y abrió la puerta.

—Podré soportarlo. ¿Te gusta?

—Sí —accedió Rhiannon con apresuramiento mientras entraba.

La camarera los condujo hacia una mesa.

—¿Te gustaría tomar un licor? —preguntó Gabriel una vez se hubieron sentado.

—Sólo café, gracias. Tengo que conducir –dijo ella, pensando que, además, no sabría cómo reaccionaría a una bebida alcohólica junto a ese hombre.

—¿Has comido?

—Sí —se había tomado una ensalada hacía un par de horas.

—¿Qué tal un postre? A mí me sentaría estupendamente —dijo él llamando la atención de la camarera para pedirle los menús—. Te recomiendo el pastel de chocolate con cerezas, pero las natillas también son muy buenas, si te apetece algo más ligero.

Ella no había pensado en comer nada, pero se dio cuenta de que la boca se le hacía agua al ver el menú de postres.

—¿Vienes mucho a este sitio?

—De vez en cuando. Está cerca de mi oficina y el servicio es rápido.

Lo cual significaba que no disponía de mucho tiempo libre, o que no le gustaba malgastarlo.

—Probaré las natillas —decidió Rhiannon.

Gabriel optó por el pastel de chocolate y pidió los cafés. Luego apoyó los brazos sobre la mesa.

—Cuéntame algo sobre tu vida —pidió.

Rhiannon agachó la cabeza y se concentró en las manos que tenía colocadas sobre el regazo.

—La galería me da de comer y me dedico a los mosaicos cuando tengo tiempo libre.

—¿Aceptas encargos?

—A veces. Pero generalmente hago mis propios diseños y los vendo en la galería.

—¿Y en qué zona de la ciudad vives?

—En el monte Albert —contestó ella con una mirada de cautela.

—Entonces… ¿naciste en Auckland?

—No, nací y me crié en Pukekohe.

—¿Eres una chica de campo?

—No, en realidad no. Mi familia nunca se dedicó a la jardinería, como la mayor parte de los habitantes de esa zona; tenía una empresa de electricidad.

—¿Tenía?

—Ahora mi padre está en una residencia de ancianos —dijo ella al cabo de unos momentos—. Tuvo un accidente de tráfico en el que murió mi madre y él sufrió daños cerebrales irrecuperables. Necesita atención médica las veinticuatro horas del día —explicó inundada de pesar.

—Debe de haber sido muy difícil para ti recuperarte de ese accidente. ¿Cuándo fue?

—Hace ya casi seis años —dijo ella temblorosa—. He tenido tiempo suficiente para sobreponerme— añadió, como si fuera posible recuperarse de una tragedia semejante.

Él puso una mano sobre la mesa y trazó un círculo con un dedo sobre el mantel.

—¿Tenías familia en la que apoyarte?

—Mi abuela —Rhiannon no sabía cómo podría haber soportado aquel primer año sin su cariño—. Era maravillosa.

—Me alegro. Eras demasiado joven para soportarlo todo tu sola. ¿Tienes hermanos o hermanas?

Ella meneó la cabeza negativamente.

—¿Y tú?

—Un hermano menor que trabaja para mí, desde la oficina australiana. Mis padres están divorciados, pero los dos viven en Nueva Zelanda con sus nuevos consortes.

La historia que Gabriel había contado era muy común y él no parecía especialmente traumatizado.

—¿Qué edad tenías cuando se divorciaron?

—Diez años.

A esa edad los niños eran todavía muy vulnerables, se dijo Rhiannon. ¿Cuánto tiempo habría tardado Gabriel en superar la separación de sus padres?

—Ahora tengo treinta y dos —prosiguió él.

—Y yo veintitrés —confesó ella.

—Pensaba que eras mayor —dijo él con una mueca atribulada.

Ella estuvo a punto de echarse a reír, pero se contuvo y miró a su alrededor mientras removía el café con la cucharilla.

—Me siento mayor.

—Y eso... ¿por qué?

—He dirigido un negocio desde que tenía diecisiete años.

—¿Ambición prematura?

—No exactamente. Después del accidente y de... la muerte de mi madre, mi abuela decidió retirarse y cederme su empresa —eso había significado que ella había tenido que renunciar a ir a la universidad, de lo cual se arrepentía en ciertas ocasiones, pero la oferta de su abuela implicaba disponer de un medio de vida. Además, en aquella época se había sentido demasiado traumatizada como para concentrarse en los estudios y en los exámenes. También había sido determinante el hecho de que su padre no pudiera valerse por sí mismo.

—¿Tu abuela tenía una galería?

—Una tienda de productos artesanales en Onehunga. Cerámica, labores de costura, pinturas y tallas. Ése fue el lugar donde empecé a vender mis primeros mosaicos. Fui añadiendo nuevos productos para la venta y cada vez tenía más clientes. Heredé el negocio cuando murió mi abuela.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace ya tres años —el cáncer que había acabado con su vida había sido rápido y su abuela apenas había sufrido, pero sí había dejado un enorme vació en la vida de Rhiannon.

—Tuvo que ser un momento muy duro —comentó Gabriel antes de cambiar de tema educadamente—. El traslado al centro de la ciudad ha sido una operación inteligente.

—Supone un riesgo —admitió ella—, pero hice un estudio financiero previo y decidí que me lo podía permitir.

—No te gusta arriesgarte a la ligera ¿verdad? —preguntó él con una mirada sagaz.

—Me gusta saber qué es lo que estoy haciendo en cada momento.

—A veces es divertido dar un paso adelante en plena oscuridad. Nunca se sabe adonde puede conducir.

Los ojos de él volvían a mostrar ese brillo plateado tan

característico, veteado por la luz de las velas. Lo miró durante largo rato hasta que la camarera apareció con los postres.

Rhiannon aprovechó el momento para romper el contacto visual y concentrarse en el plato de natillas que tenía delante de ella.

—¿Qué tal están? —preguntó él una vez ella las hubo probado.

Rhiannon se obligó a mirarlo y no encontró en su mirada más que simple educación.

—Muy buenas, estupendas.

—¿No te ha dado problemas el brazo? —preguntó él mientras atacaba el pastel de chocolate.

—Sólo era una magulladura.

—¿Quieres contarme por qué te asustaste tanto? —inquirió Gabriel en tono casual.

Ella agarró con fuerza la cuchara mientras todo su cuerpo temblaba. Sin mirarlo, respiró profundamente para calmarse antes de hablar.

—Me alarmaste, eso es todo —dijo antes de seguir comiendo pausadamente—. ¿Cómo te iniciaste en el negocio del transporte aéreo de mercancías? —preguntó después de unas cuantas cucharadas.

—En realidad fue casi por casualidad. Trabajaba en el aeropuerto, en la sección de atención al cliente, y cuando me enteré de que la bancarrota amenazaba la supervivencia de una de las empresas del ramo hice una proposición de compra.

—¿Tenías dinero suficiente?

—El banco creyó en mí.

—Debiste de ser muy persuasivo.

—Puedo ser muy persuasivo cuando me lo propongo —dijo él con la taza de café en la mano. El desconcertante brillo plateado de sus ojos estaba allí de nuevo y ella tuvo que hacer un esfuerzo para apartar la mirada—. Además, mi abuelo, Dios lo tenga en su gloria, se ofreció para avalarme.

Así que él también había contado con apoyo familiar, pensó Rhiannon. Quizá su abuelo lo había ayudado también a superar la separación de sus padres.

—Mi abuelo ya murió —prosiguió Gabriel, cortando un trozo de pastel—. Tenía un gran globo terráqueo sobre un soporte de bronce en el despacho de su casa y recuerdo cuánto le gustaba contarme

sus viajes.

—¿Cuántos años tenías entonces?

—Cinco o seis, calculo. Desde entonces, cualquier mapa del mundo me trae recuerdos de él. Es posible que de esa memoria proceda mi interés por el transporte internacional.

Se llevó la taza a los labios y ella no pudo evitar concentrarse en el movimiento de su garganta al trazar.

—Al principio debió de ser muy difícil —comentó Rhiannon.

—Era todo un reto —dijo, iniciando así una breve descripción de su carrera profesional que la cautivó por completo—. ¿No te estaré aburriendo?

—En absoluto. Es muy excitante.

—¿Eso es lo que más te excita de la vida? ¿Hablar de negocios? —preguntó él alzando las cejas.

Rhiannon se quedó sin saber qué decir. La insinuación era sutil y sus ojos reían, pero ella no pudo evitar sonrojarse hasta la raíz del cabello.

—Yo diría que el esquí es excitante —dijo él rápidamente para suavizar el momento, con una mirada enigmática—, o tirarse en paracaídas, o escalar una pared de piedra..., y otras cosas... pero ¿los negocios? Me da la impresión de que no has vivido emociones fuertes, nena.

—No soy una nena —se indignó ella.

—Tengo nueve años más que tú —le recordó él.

—De acuerdo, abuelo.

—No soy tu abuelo —repuso él sonriente.

Rhiannon se bebió de un trago el café caliente.

—¿Has hecho ese tipo de cosas? Me refiero al deporte de aventura y...

—¿Al resto? —preguntó él con malicia, tratando de no echarse a reír.

Rhiannon sintió una especie de ahogo ante su nueva insinuación, pero no miedo.

Gabriel renunció a presionarla más y ella se sintió aliviada. Las sensaciones que se habían apoderado de ella eran demasiado novedosas como para saber cómo digerirlas. Él comió en silencio hasta que se acabó el pastel y luego se recostó sobre el respaldo de la silla esperando a que ella terminara sus natillas.

—¿Qué hiciste con todos aquellos azulejos? —preguntó finalmente.

Ella le habló del tríptico que le había encargado la iglesia y contestó a todas las preguntas técnicas que él le hizo. Cuando ella mencionó que solía utilizar azulejos procedentes de obras en demolición, él se interesó de inmediato.

—Están demoliendo un edificio justo al lado de mi oficina.

—¿De veras? —hacía tiempo que no pasaba por allí.

—Podrías acercarte a echar un vistazo —dijo empujando la taza vacía—. ¿Te apetece otro café?

Rhiannon declinó la oferta aunque no tenía ganas de marcharse. En ese momento se dio cuenta de que, inesperadamente, lo estaba pasando bien. Pero no podían pasarse allí toda la tarde, así que se levantó, se puso la chaqueta y tomó el bolso.

—Muchas gracias por la invitación, ha sido muy agradable.

Había estado lloviendo durante el rato que habían pasado en el restaurante y cuando salieron a la calle el suelo estaba resbaladizo y brillante bajo la luz de las farolas.

—Ten cuidado —dijo Gabriel, tomándola de la cintura—. ¿Tienes el coche en el aparcamiento?

—Sí, pero no hace falta que me acompañes.

—Yo también tengo que recoger mi coche. Y, además, jamás se me ocurriría abandonarte en mitad de la calle.

Ella fue plenamente consciente de la mano que apenas tocaba su cintura durante todo el trayecto. Era una sensación incómoda, pero no se soltó hasta que estuvo junto a su coche y tuvo que abrir el bolso cura sacar las llaves. Antes de que pudiera entrar, él la retuvo un instante por la muñeca dirigiéndole una mirada intencionada. Ella se sintió casi halagada, pero nerviosa, por lo que desvió la mirada con urgencia y se quedó quieta hasta que pudo volver a respirar con normalidad.

Gabriel frunció el ceño ligeramente e inclinó la cabeza para rozar sus labios contra su mejilla.

—Buenas noches, Rhiannon.

Ella se acomodó en el asiento, encendió el motor y se alejó mientras él la observaba.

Gabriel flexionó los dedos al tiempo que veía desaparecer las luces traseras por la rampa de salida. Aún podía sentir el calor que

había emanado de la blusa de Rhiannon y se descubrió fantaseando sobre la textura de la delicada piel que habría debajo de la tela, se imaginó tirando de la blusa hasta liberarla de la cinturilla de la falda y dejando que un dedo se introdujera por ese hueco para acariciarle la espalda mientras la estrechaba contra él.

Había hecho un gran esfuerzo de voluntad para no pasarle un brazo por los hombros con el deseo de que ella descansara la cabeza sobre su hombro. Había sentido el ligero temblor que ella había experimentado al depositar él la mano sobre su cintura y se había contenido inmediatamente. Otra mujer podría haber temblado de deseo, pero Rhiannon...

Mantenía la esperanza, pero ella no había mostrado signos de aceptar el contacto físico. Se dirigió a los ascensores y apretó el botón de llamada. Maldición, tenía que reconocer que ella se había mostrado fría y cautelosa, sin mostrar sus emociones excepto cuando él había hecho una referencia oblicua al sexo y ella se había sonrojado como una colegiala.

De lo cual se podía deducir que la frialdad era una simple fachada, una especie de coraza. Pero... ¿qué ocultaba? Miedo, descubrió de repente, asombrado.

Las puertas del ascensor se abrieron y una mujer preciosa le dedicó una tímida sonrisa mientras él entraba y apretaba el botón de su piso. Durante el trayecto sintió las miradas interesadas de ella, pero no se las devolvió. En la misma situación, Rhiannon se había protegido contra la pared del ascensor, claramente nerviosa.

El ascensor se paró en el piso de la mujer y ésta le dirigió una última mirada de admiración antes de desaparecer. Él no sintió ganas de seguirla.

Durante su visita a la galería, Rhiannon se había mostrado cordial, segura y correcta con los clientes, sólo había dudado un momento a verlo a él, alterando ligeramente su expresión en lo que parecía un intento de protegerse a sí misma de sus propias emociones. La máscara había desaparecido mientras hablaban del trabajo de ambos, pero había vuelto a instalarse en su rostro a cada muestra de interés personal por parte de él. Como si no supiera cómo reaccionar, como si no supiera flirtear. Gabriel sonrió como un tigre satisfecho. Quizá él podría enseñarle.

La compra del mosaico proporcionó una excusa a Gabriel para

llamar a la galería el sábado, a sabiendas de que ese día cerraban a las dos.

Diez minutos antes de cerrar, Gabriel se encontró a Rhiannon sola detrás del mostrador, con la cabeza inclinada sobre una libreta de notas.

—Hola —dijo él.

Ella levantó la vista y su mirada se congeló durante un instante.

—Hola —respondió con una sonrisa dubitativa.

—¿Te acuerdas? —preguntó él señalando con la mirada al mosaico que colgaba sobre la pared.

Rhiannon pareció recomponerse y adoptó un aire profesional.

—Iba a llamarte el lunes para preguntarte si querías que te lo enviáramos.

—Me lo llevaré yo mismo.

—¿Ahora? De acuerdo.

Sonó la campanilla de la puerta y entró una pareja japonesa.

—¿Peri? —llamó Rhiannon volviéndose hacia la trastienda.

Apareció un hombre joven ancho de espaldas, con la piel tostada, unos enormes ojos oscuros y una cabellera ondulada de color negro sujeta en una cola de caballo. Llevaba una camiseta llena de colores que se ajustaba perfectamente a sus músculos y unos apretados pantalones de cuero violetas. Lanzó una sonrisa de tipo Tom Cruise a Rhiannon.

—¿Sí, jefa?

—El señor Hudson va a comprar aquel mosaico. ¿Podrías envolvérselo para que se lo lleve?

—Por supuesto —dijo Peri dirigiéndose al mosaico para descolgarlo sin esfuerzo aparente.

—¿Cómo quieres pagarlo? —preguntó Rhiannon con tono crispado.

Gabriel se sintió súbitamente molesto mientras buscaba su tarjeta de crédito. A juzgar por la manera en que ella lo estaba tratando, podría ser cualquier desconocido procedente de la calle. Y conocer a Peri lo había alterado un poco. Cuando Rhiannon había mencionado que alguien la ayudaba en la tienda, él había pensado en una mujer, no en un hombre apuesto que sabía cómo sacar partido de sus atributos. El hecho de que compartiera la mayor parte de su tiempo con un hombre de esas características ponía en

cuestión todas las conjeturas de Gabriel sobre Rhiannon. No podía seguir pensando que era tímida con todos los hombres. Era tímida con él.

Estudió la forma de su cabeza inclinada mientras ella pasaba la tarjeta de crédito por el terminal, recordando con alivio que le había dicho que no tenía novio.

La pareja japonesa sostenía un debate en voz baja sobre una fuente de madera tallada, mirándola por delante y por detrás y dejando correr los dedos por el lustroso acabado.

—Peri no tardará mucho —dijo Rhiannon con un ademán que restaba importancia a la situación mientras le devolvía la tarjeta y salía de detrás del mostrador para atender a la pareja japonesa.

Peri reapareció con el mosaico envuelto en plástico de burbujas y protegido con unos cartones duros

—Ahí tiene, amigo, quiero decir, señor. ¿Quiere que se lo acerque al coche? ¿Está muy lejos?

—No. gracias. Déjalo sobre el mostrador un momento, estoy esperando para hablar con tu jefa antes de irme.

—Por supuesto —dijo Peri soltando el paquete y dedicándole una mirada crítica.

La pareja decidió comprar la fuente y, mientras se acercaban al mostrador, Rhiannon le pidió a Peri que la preparara para enviarla por correo.

Gabriel se mantuvo al margen mientras Rhiannon tomaba cuidadosamente nota de la dirección de envío y cobraba el artículo. Una vez la pareja se hubo despedido, ella se volvió hacia él.

—¿Va a llevártelo Peri a alguna parte? —preguntó señalando el paquete del mosaico.

—No necesito a Peri. ¿Has comido ya?

—Los sábados no suelo comer hasta después de cerrar, estamos demasiado ocupados.

—¿Te gustaría tomar algo conmigo?

—¿Para qué?

¿Esa mujer no sabía lo que era una propuesta para una cita?, se preguntó Gabriel, anonadado, antes de pasar al plan B.

—Me gustaría comentar contigo la posibilidad de un encargo.

Ella parpadeó.

—¿Qué clase de encargo?

—Comamos juntos y hablemos de ello.

Ella bajó la vista y él observó cómo su pecho se hinchaba al tomar una bocanada de aire.

—De acuerdo —dijo al fin.

Gabriel no estaba preparado para asumir la sensación de júbilo y triunfo que lo embargó. Deseó agarrarla y besar su preciosa boca, pero se contuvo y asintió con la cabeza.

—En cuanto termines.

Encontraron una mesa en la terraza cubierta por toldos de un restaurante cercano. Rhiannon se alegró sinceramente de la posibilidad de estar al aire libre.

Gabriel pidió una ensalada y la roció con unas gotas de salsa de curry.

—¿Cuánto tiempo lleva Peri contigo?

—Desde que me cambié de local. Había estado vendiendo tallas suyas durante los dos últimos años y me echó una mano en la galería en la época navideña.

—¿Es escultor?

—Su tío le enseñó las técnicas tradicionales de tallado maorí y lo que a Peri le interesa es aplicar esas técnicas a los diseños modernos. Pero no gana lo suficiente como para vivir de ello, y cuando le ofrecí el trabajo de ayudante, lo aceptó sin dudar.

—Supongo que su aportación es importante —comentó Gabriel con una mirada penetrante.

—Trabaja bien y es fuerte, muchas de las obras que vendemos son pesadas. Además, es licenciado en  bellas artes.

Gabriel asintió mientras de daba vueltas a una patata con el tenedor. Rhiannon se metió en la boca una aceituna negra y dejó el hueso con cuidado en un extremo del plato.

—¿De qué encargo me querías hablar? –preguntó ella finalmente.

—Hay una pared de cemento vacía en el vestíbulo del edificio de mi empresa —dijo Gabriel, recordándose que se trataba oficialmente de una comida de negocios. En realidad, hasta el día anterior, había colgado de ella un antiguo tapiz deteriorado y desfasado—. Es necesario decorarla con algo artístico, como por ejemplo, un mosaico.

Si él se había imaginado que ella iba a saltar de alegría al oír la propuesta, se había equivocado. Ella se quedó callada y reflexiva mientras pinchaba otra aceituna.

—¿Por qué yo? —preguntó.

Porque no podía dejar de pensar en ella, se dijo Gabriel. Porque no quería dejarla escapar, porque quería investigar qué había detrás de su coraza profesional. Porque no estaba seguro de que ella lo fuera a aceptar como un simple pretendiente. Porque no estaba seguro de que su encanto fuera a obrar el milagro de la magia sexual entre ellos. Porque necesitaba seguir unido a ella por lazos irreprochables.

—Me gusta tu trabajo —contestó él.

—¿Quieres poner la obra de una artista desconocida en el vestíbulo de tu edificio?

—He estado indagando sobre ti y...

—¿Qué dices? —preguntó Rhiannon dejando caer el tenedor y poniéndose pálida—. ¿Cómo?

—Preguntando aquí y allá —repuso él—, a gente vinculada al mundo del arte. He sacado la conclusión de que eres una artista joven muy prometedora y eso me interesa.

Ella pareció sorprendida, pero recobró el color poco a poco.

—¿No te gustaría contar con una firma conocida? —preguntó, moviendo de un lado a otro las hojas de lechuga.

—Creo que resulta más satisfactorio patrocinar jóvenes talentos —dijo él con una sonrisa—. Cuando seas famosa podré presumir de haberte descubierto.

—¿Y qué pasará si nunca me hago famosa?

—¿Desconfías de ello?

—No me he parado a pensarlo detenidamente. Lo único que sé es que me gusta lo que hago.

Ella le hubiera explicado que no era ambiciosa, a pesar de que se sentía satisfecha del éxito de su galería.

—¿Vas a tomar en consideración mi propuesta? Estoy dispuesto a pagar un buen precio por ese mosaico.

—Ahora mismo no dispongo de demasiado tiempo. Tengo que atender la nueva galería y terminar el tríptico para la iglesia —dijo ella, inquieta.

—Puedo esperar —contestó él sabiendo que lo haría con

impaciencia, aunque era consciente de que en ciertas ocasiones merecía la pena la demora para obtener la satisfacción final.

—¿De qué tamaño es el espacio? —preguntó Rhiannon, removiendo la ensalada.

—De unos cinco metros por tres.

—¿Tan grande?

El observó un destello de interés en los ojos de ella

—Más o menos. Y no es plano, se curva en uno de los extremos superiores. Puedo enseñártelo después de comer si tienes tiempo.

—De acuerdo —aceptó Rhiannon finalmente pinchando otra aceituna—. Echaré un vistazo.

Gabriel la introdujo en el vestíbulo del edificio de la empresa Angelair, después de haber apretado un botón oculto para desactivar la alarma.

Una elegante escalera central dominaba el espacio, rodeada de huecos vacíos forrados de mármol. Había un mostrador en una de las esquinas para la recepcionista.

—Ahí está —dijo Gabriel señalando la pared de cemento semicircular que se curvaba por unos de los extremos—. Esa pared oculta los ascensores.

El edificio era un auténtico ejemplo de arquitectura contemporánea y Rhiannon se quedó impresionada.

—¿Podrías hacer un mosaico en ella?

—Sería todo un reto —tanto de diseño como de ejecución—. Y te saldría caro —advirtió ella.

—Eso no es problema.

—Supongo que deseas un diseño que haga referencia a la esencia de tu negocio —dijo ella subiendo las escaleras para ver la pared más de cerca.

El cemento era lo suficientemente rugoso como para aplicar el mortero.

—Eso sería una buena idea —dijo Gabriel con tono ausente, mirando cómo su mano acariciaba la textura de la pared—. Pero no quiero una réplica del logotipo de la empresa.

—Es un alivio —repuso ella con una sonrisa.

—¿No te gusta nuestro logotipo?

—No es que no me guste, es que nunca hago copias.

—Yo estaba pensando en algo más imaginativo, algo único.

—Tendré qué empezar a diseñar desde cero y no puedo dedicarme a ello a tiempo completo.

—Ya te he dicho que soy capaz de esperar cuando algo me interesa. Y esto me interesa —dijo él con una mirada intensa que la dejó sin aliento.

Rhiannon se sintió como si estuviera al borde de un precipicio, pero se obligó a pensar en los detalles técnicos.

—Habrá que hacerlo fuera del horario laboral.

—Mejor. Así no habrá tráfico en las escaleras.

—Necesitaré un andamio. Ocupará bastante espacio.

—Hum. Desde luego, lo organizaremos. Hablaré con la empresa que instaló los andamios en el edificio de al lado, puede que estén interesados.

—¿Qué empresa se ocupa de la demolición? Me gustaría hablar con ellos para ver si podemos salvar algunos azulejos.

Él escribió el nombre de la empresa en un papel.

—¿Qué te parece? —preguntó a continuación, señalando la pared.

No existía ninguna razón lógica para rechazar el trabajo. Gabriel estaba dispuesto a pagar su precio, el proyecto era interesante y la exposición de su trabajo y el interés de los miles de personas que pasarían por ese lugar al cabo del año implicaba una buena parte de su trabajo que, probablemente, conllevaría más encargos. Si todo salía bien, en algún momento de su vida podría vivir de ello.

—Si estás seguro de que eso es lo que quieres, yo no tengo inconveniente.

—Estoy seguro de que quiero contar contigo, Rhiannon —contestó él, divertido.

La frase causó una corriente de excitación en el cuerpo de ella.

—¿Tienes alguna idea concreta? —preguntó, crispada.

—¿Sobre el diseño? —inquirió él alzando las cejas—. Eso lo dejo de tu cuenta. Pero me gustaría que me consultaras.

—Por supuesto. Puedo hacer varios bocetos y preparar un presupuesto y un calendario de trabajo antes de seguir adelante.

—Estaré esperándolo —dijo él con una sonrisa lenta, casi íntima, que aceleró las pulsaciones de ella.

Rhiannon apoyó una mano sobre la pared para calmarse y luego

comenzó a descender las escaleras. Gabriel la siguió, con las manos en los bolsillos.

—Es posible que el destino haya decidido esta unión —dijo él—. La pareja perfecta—. Ella perdió el paso y él la agarró al vuelo—. Me refiero a ti y a mi pared, la pareja perfecta. ¿Te encuentras bien?

—Sí —repuso ella con el corazón al galope.

Él no la soltó inmediatamente.

—Siempre estarás a salvo… conmigo.

—No iba a caerme —dijo Rhiannon sin aliento.

—Lo hubiera impedido de todos modos —repuso él con una sonrisa enigmática.

—No necesito que me cuides —dijo ella con la garganta agarrotada.

—Ni lo necesitas ni lo deseas —comentó él escrutando su expresión.

Rhiannon meneó la cabeza, incapaz de hablar. Una serie de sensaciones nuevas la estaban dejando perpleja, sentía una excitación que estaba a medio camino entre el miedo y algo diferente, completamente extraño para ella.

Un calor desconocido subía por todo su cuerpo desde los pies, debilitándole las rodillas, sonrojando sus mejillas y dejándole la boca seca. Se humedeció los labios y sintió la mirada de Gabriel sobre ellos. Se estaba sofocando.

—Bueno, será mejor que nos marchemos —dijo él con tono amortiguado, adelantándose a ella.

Rhiannon bajó corriendo las escaleras, rechazando la mano que él le tendió en el rellano.

Salieron por la puerta de servicio.

—Por aquí el camino hacia tu galería es más directo —comentó él.

—Querrás recoger tu mosaico, ¿no?

—Claro.

Una vez en la galería, ella esperó a que él levantara el paquete para despedirse.

—Te llamaré cuando me haya planteado las posibilidades de tu encargo. ¿No te marchas a casa?

—Tengo cosas que hacer —aún estaba acondicionando la

trastienda para poder hacer mosaicos pequeños allí.

—Ya nos veremos, entonces —dijo Gabriel con una sonrisa en los ojos antes de marcharse.

Durante la semana siguiente Rhiannon estuvo varias veces a punto de llamar a Gabriel para decirle que finalmente rechazaba el proyecto. Se sentía desconcertada en su presencia, demasiado consciente de la fragilidad de las barreras que había construido alrededor de ella con tanto esfuerzo. Era el primer hombre que había conseguido poner su decidida confianza en sí misma a prueba.

No sabía cómo reaccionar ante el súbito brillo plateado de sus ojos ni ante su sonrisa divertida cuando hacía algún comentario que pudiera tener doble sentido.

La tarde en que la había escoltado hasta su coche después de tomar el café y el postre, ella se había quedado petrificada al darse cuenta de que él se inclinaba para besarla. Pero horas más tarde aún podía sentir el calor de sus labios en la mejilla.

«Eso se llama atracción sexual», se dijo con sorpresa durante la mañana del jueves, mientras se arrodillaba en la trastienda para envolver una pieza de cristal que había que enviar por correo. Una emoción normal y sana que acababa de dejarla en estado de shock.

Una vez repuesta, sacó una etiqueta de la empresa de transportes de Gabriel y rozó con los dedos el diseño del logotipo. Gabriel era el nombre de un arcángel, aunque esos seres, a diferencia del hombre que le había hecho el encargo, eran asexuados.

43

Rhiannon había descubierto la potente masculinidad de Gabriel la primera vez que se habían visto. Su reacción había sido de alarma, como solía ser, pero cuando él se había mostrado genuinamente preocupado por su estado de salud, la alarma había dejado paso a otras sensaciones inesperadas, tan desconocidas que al principio no había sabido interpretarlas.

Se sentía atraída por Gabriel y no de una manera distante ni relacionada con la admiración estética, sino física.

Y él se había dedicado a dejar claro, poco a poco, que al menos la encontraba... interesante.

Pero un eco del recuerdo de cómo él había asegurado que se había estado interesando por ella en los círculos artísticos la dejó preocupada. No le gustaba que nadie se entrometiera en su vida sin pedir permiso. Buscó un bolígrafo y tuvo que respirar hondo para que la mano le dejara de temblar antes de escribir la dirección del envío en la etiqueta de Angelair.

Quizá se equivocaba al inquietarse. Probablemente era muy normal que un hombre de negocios como él procurara informarse de la capacidad profesional de una persona antes de contratarla. No podía seguir mostrándose tan suspicaz con todo el mundo, necesitaba normalizar las relaciones con su entorno. El miedo a los hombres se había convertido en una obsesión. Quizá había llegado la hora de conjurarlo. Muchas mujeres de su edad ya habían tenido numerosas relaciones sexuales. Se sorprendió de estar pensando en el sexo abiertamente, cuando oyó la campanilla de la puerta y a Peri ofrecer su ayuda.

Gabriel no había sugerido que deseara convertirse en su amante. ¿Estaba ella fantaseando demasiado con lo equívoco de sus sonrisas y el brillo de sus ojos? Posiblemente había confundido la simple cortesía con algo diferente. Pero... ¿y si Gabriel le pedía que fuera su amante? Sintió una punzada de pánico. Aunque siempre podría negarse. Sin embargo, las mujeres auténticas, un grupo al que estaba decidida a pertenecer, no dejaban pasar las buenas oportunidades. Ella ya se había demostrado a sí misma que podía hacerse cargo de un negocio, pero no había hecho lo mismo con su vida privada.

Hubo mucho movimiento en la galería durante la tarde, pero cuando los clientes empezaron a escasear, Rhiannon decidió mandar a Peri a casa temprano, como solía hacer cuando él no había tenido tiempo de disfrutar de la hora de la comida.

A las seis menos diez, Rhiannon decidió que podía permitirse el lujo de cerrar un poco antes y visitar a su padre. Estaba cerrando la persiana automática cuando apareció Gabriel.

—¿Ya estás cerrando? —preguntó él, consultando el reloj.

—Siempre atiendo a los clientes.

—¿Puedo pasar, entonces?

Ella se retiró para que entrara.

—Tenemos unas obras de cristal nuevas —dijo ella señalando

una estantería.

—La verdad es que venía a hablar contigo.

—¿Sobre el encargo?

—¿Has tenido tiempo de pensar en ello?

—No mucho, pero he hecho algunas tentativas.

—No me dejes que te meta prisa.

—No lo estás haciendo.

—Al menos estoy intentando evitarlo. ¿Has vendido otro de tus mosaicos? —preguntó viendo un espacio vacío.

—Hemos tenido un día muy ajetreado.

—¿Por eso estás cerrando tan pronto? ¿Estás cansada?

—En parte. Y quiero ir a visitar a mi padre antes de irme a casa.

—Entonces, no te entretengo más.

—Tengo que hablar contigo —admitió ella—. Quiero saber qué piensas de mis primeras ideas. Espera un momento.

Ella entró en la trastienda y volvió con una hoja de papel que puso sobre el mostrador.

—He encontrado esto en Internet. El arcángel Gabriel en un icono ruso.

Él la miró interrogativamente antes de mirar la fotografía.

—Me dijiste que no te gustaban las copias.

—No es eso lo que pretendo, pero me gustaría copiar los colores y algunos elementos de la composición para el mosaico, como punto de partida.

En el icono, la figura del arcángel destacaba contra un fondo azul bordeado de una franja de color púrpura. Su traje era de color aguamarina y tenían detalles dorados. En una mano llevaba una rosa roja. A ella le gustaba todo el conjunto menos la flor.

Gabriel levantó la vista.

—Los colores son preciosos, sutiles pero vivos.

—Me alegra que te gusten.

Él le sonrió y sus ojos brillaron plateados.

—Claro que me gusta, Rhiannon... mucho.

—Entonces partiré de esta idea, pero tendré que ir a medir la pared antes de seguir adelante.

—Por supuesto. ¿Cuándo te viene bien?

—En cualquier momento, en realidad, fuera del horario laboral. Habrá que conseguir una escalera de mano.

—Lo haré. ¿Algo más?

—No, yo llevaré cinta métrica.

—¿Mañana es demasiado pronto?

—No. Mañana está bien, después de las seis.

Cuando Rhiannon llegó al edificio de Angelair al día siguiente, saludó a Gabriel y vio una escalera apoyada contra la pared. Se dirigió inmediatamente hacia ella.

—¿Puedo ayudar? —preguntó él.

—Si pudieras sujetar el metro en la parte superior...

Una vez hechas las mediciones, Gabriel se apoyó con todo su cuerpo contra la escalera mientras Rhiannon tomaba nota de las distancias. Después, ella miró hacia lo alto, concentrada y mordisqueando la capucha del bolígrafo.

—¿Algún problema? —preguntó él.

—Hum, estoy calculando el grado de la curva. Es posible que tenga que hacer una maqueta para poder observar el diseño desde todos los puntos de vista.

—¿Te servirían de algo los planos originales del edificio? Los tengo en mi despacho.

—Me gustaría echarles un vistazo —dijo ella mirando la pared, absorta.

—Acompáñame entonces.

—¿Ahora? —preguntó ella, confusa.

—¿Para qué esperar? Cuanto antes mejor —repuso él escrutando interrogativamente su mirada.

Rhiannon se calmó al pensar que estar con él a solas en su despacho no sería muy diferente de estar en el vestíbulo vacío. El comportamiento de él había sido perfectamente neutral hasta el momento. No había razones para resistirse.

Un ruido tremendo, acompañado de un ligero temblor, los puso en guardia. La empresa de demolición del edificio anexo seguía trabajando, a pesar de lo avanzado de la tarde.

—Este edificio está construido a prueba de terremotos —dijo Gabriel mientras subían las escaleras—. ¿Conseguiste hablar con ellos para recoger los azulejos?

—Llamé por teléfono al encargado. No querían que nadie anduviera entre los escombros, pero me aseguró que él mismo

llenaría un saco para mí con los que estuvieran más a la vista.

Gabriel la condujo hasta su despacho. Era una estancia espaciosa decorada en tonos pardos y crema con discretos adornos dorados, dominada por una mesa gigantesca donde había montones de papeles cuidadosamente apilados y un ordenador portátil.

Rhiannon sonrió, gratamente sorprendida.

—¿Qué opinas? —preguntó Gabriel.

—Me parece admirable el trabajo de decoración y el orden que reina.

—Así me gustan a mí las cosas. Elegantes y funcionales.

Cruzaron una alfombra de color café hasta llegar a los dos cómodos sofás colocados en ángulo en una esquina.

En vez de tomar el asiento que se le ofrecía, Rhiannon se quedó de pie, curioseando los detalles de la decoración.

—Tu diseñador de interiores debe de ser de los mejores —comentó.

—Siempre busco la mayor calidad en todo.

—¿Debería sentirme halagada?

—La búsqueda de la excelencia es algo normal para mí.

—¿Y si te decepciono?

—Estoy seguro de que eso no va a suceder, Rhiannon —afirmó Gabriel con una mirada intencionada—. ¿Café? —ofreció.

—Gracias.

Había varios bocetos del arquitecto enmarcados y colgados en las paredes, además de fotos de aviones y de grupos de gente. Sobre la puerta de entrada, destacaba el mosaico que Gabriel había comprado en la galería.

—Vaya —exclamó ella al verlo—. Pensé que te lo habrías llevado a casa.

—Paso más tiempo aquí que en mi casa —explicó él mientras sacaba un rollo de planos de un archivador para extenderlos sobre la mesa—. Miremos a ver si alguno sirve de algo.

Mientras ella se sentaba en el sofá ante los planos, él fue a servir el café y volvió con dos tazas humeantes. Ambos se inclinaron sobre la mesa para estudiar los planos. Comprobaron que las medidas que habían tomado coincidían y Rhiannon dio un sorbo al café mientras él recogía los rollos de papel.

—¿Tendrías inconveniente en que vaya algunas veces a verte

trabajar? Me gustaría observar cómo va progresando el mosaico.

Rhiannon sabía que la molestaría tener a Gabriel como espectador, pero era consciente de que, a pesar de no haberlo visto durante días, no había podido quitárselo de la mente. Quizá un contacto más asiduo y neutral le permitiría relajarse. Además, él se aburriría pronto al darse cuenta de que el trabajo no era excitante sino metódico. En cualquier caso, no podía negarse.

—No —mintió—. Después de todo, vas a pagar por el trabajo y creo que tienes derecho a verlo.

—¿Has pensado ya en los costes? —preguntó él.

—Ahora que tengo las medidas exactas, podré preparar el presupuesto. Te saldrá caro —advirtió—. Tendré que comprar azulejos nuevos y conseguir los colores adecuados.

—No me interesa lo barato —dijo él, soltando el rollo de planos sobre la mesa para acomodarse en el sofá—. Siempre pago el precio de lo que valen las cosas

Él parecía relajado y tenía los ojos brillantes, pero el brazo que había estirado por el respaldo del sofá se acercaba peligrosamente a ella y Rhiannon sintió una punzada de pánico, por lo que decidió seguir hablando.

—Supón que intento cobrarte más de lo que vale.

Él entornó los ojos con una mirada calculadora.

—No soy idiota, Rhiannon. No podrás estafarme.

—¿Confías en mí?

—Sí —dijo él al cabo de unos momentos—. ¿Y tú en mí?

Rhiannon parpadeó y tomó un trago de café para ocultar su confusión.

—Estoy segura de que vas a abonar el precio de mi trabajo —repuso al fin—. Angelair tiene una gran reputación que mantener.

—Eso no era exactamente eso lo que yo quería decir —dijo él con cierta tirantez—. Me refería a nuestra relación personal.

La pregunta era tan directa que Rhiannon no pudo evadirse.

—¿Tenemos una relación personal? —preguntó.

—Ese es mi deseo, creí que lo sabías.

Ella lo miró con expresión asustada y se encontró con la mirada serena a la par que intensa de él, que la obligaba a tener sus palabras en consideración. Su mandíbula era inflexible y su sonrisa abiertamente prometedora.

Alarmada, ella puso todos sus músculos en tensión y alzó la barbilla.

—¿Te refieres a que el encargo depende de que haya un entendimiento entre nosotros?

Pasó un segundo antes de que él pudiera reaccionar. Ella observó cómo tensaba los labios y su piel palidecía. Gabriel se puso en pie tan abruptamente que a ella se le encogió el corazón, pero en vez de acercarse a ella, se alejó varios pasos, metiendo las manos en los bolsillos, antes de volverse hacia ella.

—No suelo chantajear a las mujeres —dijo con el rostro sombrío y tono enfadado—. Ya he tomado una decisión sobre el mosaico y la mantendré, a no ser que me pidas un precio escandaloso. Si lo prefieres, podemos firmar un contrato ahora mismo.

Rhiannon dejó su taza de café sobre la mesa y se puso en pie.

—No es necesario. Esperaré a que apruebes el presupuesto.

—Como quieras —dijo él con tono crispado al cabo de unos instantes.

Sus miradas coincidieron echando chispas. Ella dio un paso adelante, con gesto preocupado.

—Lo siento —se disculpó.

Él pareció reflexionar durante un momento y finalmente su expresión se suavizó un poco.

—Disculpas aceptadas. Por favor, admite las mías también. No debería haberte presionado tanto. No suelo ser tan torpe.

—No eres torpe, en todo caso podría decirse que eres un hombre sofisticado y sabio.

Ella era perfectamente consciente de que la experiencia de él en asuntos amorosos superaba con creces a la suya.

Él alzó levemente una ceja.

—Gracias, intentaré superarme en el futuro —dijo con una media sonrisa—. Me gusta estar contigo, me gustaría conocerte mejor. Pero, por supuesto, si tú no quieres...

Ella vio la oportunidad de desanimarlo definitivamente, pero el dolor que sintió en la boca del estómago al imaginarlo desapareciendo para siempre de su vida se lo impidió. En el fondo de su corazón sabía que lo echaría de menos.

—Si ya me has descartado por completo en el terreno de lo personal —prosiguió Gabriel cuando el silencio de ella se tornó

insostenible—, éste es el momento de decirlo.

Rhiannon sonrió tímidamente.

—No estás descartado —dijo con tono acariciador.

—¿De veras? —preguntó él con los ojos brillantes, dando un solo paso adelante—. ¿Cuál es la historia que no me has contado, Rhiannon?

—No se me dan bien... las relaciones.

—¿Has tenido alguna mala experiencia?

—La verdad es que... no me interesan demasiado los hombres —acertó a decir ella.

Gabriel le dedicó una mirada escéptica.

—Eres una mujer hermosa. Estoy seguro de que has despertado la admiración de muchos hombres a lo largo de tu vida.

—Me he dedicado fundamentalmente a levantar mi negocio —se excusó ella, encogiéndose de hombros.

—Bueno, entonces voy a hacerte la pregunta del millón de dólares —dijo él con el ceño fruncido—. ¿Estás interesada en mí?

Había llegado el momento de la verdad. Rhiannon se sintió palidecer. Confusa por los malos presentimientos y por el relámpago de adrenalina que ya identificaba con la presencia de Gabriel Hudson, se atrevió a dar una respuesta.

—Me... gustas —admitió.

—¿Te... gusto? —repitió él con una risotada.

Ella se imaginó que su confesión debía de haber resultado casi pueril. Él no tenía ni la menor idea de lo difícil que a ella le resultaba hablar de las relaciones personales. Alzó la barbilla y lo miró amenazante.

Él paró de reírse inmediatamente y le dirigió una mirada intencionada antes de alargar una mano.

—Ven aquí —la invitó.

Rhiannon tragó saliva y abrió desmesuradamente los ojos. Él estaba pidiendo que ella hiciera el primer movimiento. Después de un segundo de estupefacción, dio un primer paso dubitativo y luego otro, sintiéndose al borde de un precipicio. Dos pasos más allá, se decidió a extender la mano, que se encontró con la de él en un leve apretón. En vez de pánico sintió una extraña corriente de calidez y tranquilidad, sorprendente por su intensidad.

Imaginando que él iría a estrecharla entre sus brazos, volvió a

asombrase cuando él volteó su palma, inclinó la cabeza, y depositó un beso sobre ella y luego otro sobre la muñeca, hasta que la punta de su lengua encontró el punto donde el pulso de ella latía apresuradamente. Una oleada de calor inundó su cuerpo y soltó un gemido.

Gabriel levantó la cabeza y, cuando la miró a los ojos, el destello plateado que ella ya conocía consiguió que su pulso se acelerara aún más. Él la tomó por ambas manos y se acercó inexorablemente hasta que sus cuerpos se rozaron, los muslos contra los muslos y los pechos de ella contra el de él. Á pesar de la ropa, Rhiannon pudo sentir el calor que emanaba de su cuerpo. Trató de respirar con calma y, sin atreverse a mirarlo, fijó la vista en las cortinas venecianas de la ventana.

—¿Rhiannon? —ella hizo un esfuerzo para mirarlo—. Rhiannon. ¿Te gustaría que te besara?

Una punzada de alarma nació y murió en ella casi al mismo tiempo. De pronto se sintió inesperadamente serena y segura. La boca de él estaba muy próxima a la suya, masculina y prometedora.

—Sí —dijo con un suspiro apenas audible.

# Capítulo 3

NO FUE en absoluto lo que Rhiannon se había esperado. Durante lo que pareció una eternidad, Gabriel no se movió, mirándola con embeleso y comprobando en su expresión que deseaba el beso realmente.

No la abrazó, pero entrelazó sus dedos con los de ella y giró levemente la cabeza para tocar sus labios brevemente. Luego se retiró unos centímetros. A ella le dio tiempo a sentir un ápice de decepción antes de que él volviera a besarla de nuevo. Esta vez sus labios se unieron durante más tiempo. Él volvió a retirarse un momento y con el tercer beso presionó tanto los labios de Rhiannon como para separar un poco los suyos propios.

Ella nunca había imaginado que la boca de un hombre pudiera ser tan suave, tan tierna, como si quisiera entregarse del todo en vez de exigir nada. Como si los labios de ella fueran lo suficientemente delicados y preciosos como para dedicarles la máxima atención y el más refinado cuidado. Como si ella fuera...

Nadie la había besado así jamás.

Cuando él levantó la cabeza después del último beso y la miró de manera enigmática, ella sólo fue capaz de devolverle una mirada encandilada hasta que él le soltó una de las manos.

—Podrías devolverme los besos, ¿no? —sugirió él, pasando el pulgar por sus labios.

Demasiado avergonzada como para admitir que no sabía cómo hacerlo, Rhiannon se ruborizó, fingió colocarse el pelo y se dispuso a partir.

—Tengo que irme —susurró.

Gabriel se acercó gentilmente al sofá para recoger su bolso y entregárselo.

—Entiendo que tienes cosas que hacer esta noche —la disculpó él.

—Le prometí a la persona con la que comparto el piso que iríamos a hacer la compra.

—¿Compartes el piso?

—Sí, con Janette, es enfermera.

—Ah, Janette —comentó él acompañándola hasta el coche para

despedirse—. Mañana tomo un vuelo a Australia para visitar la oficina de Sydney, pero te llamaré cuando regrese.

Ambos se mantuvieron en silencio, mirándose, y ella sintió una punzada de decepción cuando finalmente se introdujo en el vehículo y puso en marcha el motor. Apenas podía creerse lo que había sucedido hacía tan sólo unos minutos.

Durante todo el trayecto a su casa, recordó el beso una y otra vez, sorprendida de las sensaciones de placer y deliciosa inquietud que le había provocado, hasta que un motorista impaciente le dio las luces para advertirla de que el semáforo estaba de color verde. Abandonó los recuerdos y se concentró en el tráfico.

Gabriel la llamó por teléfono a la galería a finales de la semana siguiente.

—Llegué anoche —dijo—, y esta mañana mi secretaria me ha entregado dos invitaciones para el estreno del espectáculo de danza africana esta noche. Si estás libre me gustaría que me acompañaras.

—¿Esta noche?

—Sé que no te aviso con tiempo. Si estás ocupada...

—No —a Rhiannon le dio la impresión de que la decisión la había tomado otra persona—. Quiero decir que... me parece un plan interesante. Gracias.

—¿Puedo irte a buscar a casa?

—No, mejor quedamos en la galería —repuso ella rápidamente —. ¿A qué hora?

—¿Qué te parecen las siete y cuarto? Así podríamos tomar algo antes y quizá cenar después.

Ella colgó con calma, ensimismada.

—¿Una cita? —preguntó Peri con curiosidad.

—La danza africana.

—Me han dicho que es un espectáculo estupendo. No es fácil conseguir entradas.

—Gabriel tiene invitaciones.

—¿Gabriel Hudson? —preguntó Peri alzando las cejas—. ¿Qué vas a ponerte?

Ella echó un vistazo a su falda escocesa y a su blusa verde.

—No tengo tiempo de pasar por casa.

Peri la miró, decepcionado.

—Cariño, si vas a salir con Gabriel Hudson necesitas llevar algo especial. ¿Por qué no aprovechas la hora de la comida para ir al centro comercial y comprarte algo bonito? Mejor aún, te acompañaré. Si vas sola seguro que te conformarías con cualquier cosa.

Rhiannon sabía que vestía de forma aburrida. No le gustaba llamar la atención.

—No, no puedo hacerlo.

—Vamos, Rhee, el centro comercial está ahí al lado y hay docenas de tiendas. ¿Cuántos clientes podemos perder en media hora? ¿Uno? ¿Dos?

Al final, ella cedió, sin aceptar del todo que la perspectiva de comprarse algo especial la divertía.

Peri se lo pasó de maravilla, rechazando todo lo que careciera de color o diseño. Finalmente, levantó los pulgares en señal de aprobación cuando Rhiannon le mostró un vestido corto de seda de color aguamarina y le dijo que combinaría a la perfección con el color de sus ojos. El toque final fueron unos botines de color azul oscuro, abotonados en el lateral y con un cierto aire Victoriano.

—Estás preciosa —le dijo Peri entusiasmado una vez hubieron cerrado la galería y ella se hubo duchado y vestido para la ocasión.

—Me siento como si fuera la Cenicienta —confesó ella—. No soy yo.

—Claro que eres tú —le aseguró Peri—. Ésta es la verdadera Rhiannon, la auténtica mujer femenina y atractiva. Has estado escondida debajo de la alfombra durante demasiado tiempo.

—¿De la alfombra? —rió ella—. En mi casa no hay alfombras.

Él le devolvió una sonrisa, alargando una mano para colocarle un par de mechones de pelo. Unos golpecitos en la puerta señalaron la llegada de Gabriel.

—¿Le dejo que entre? —preguntó Peri mirándola con aire satisfecho.

—Gracias —dijo ella corriendo a buscar el bolso de satén que hacía juego con el vestido.

—Pásalo bien, Rhee —se despidió Peri desde la puerta una vez Gabriel hubo entrado.

Cuando ella salió con el bolso de la trastienda, Gabriel se quedó

impresionado y sus ojos brillaron con un fulgor que a Rhiannon no le pasó desapercibido.

—¿Lista para salir conmigo? —preguntó Gabriel.

Ella asintió, preguntándose si alguna vez estaría realmente preparada para aceptar a ese hombre. Esa noche él llevaba un esmoquin y estaba más guapo de lo habitual.

—¿Hay mucha gente que te llame Rhee? —preguntó de repente.

—Algunos amigos íntimos. ¿Alguien te llama a ti Gabe?

—Sólo mi familia, pero hazlo si quieres.

—Yo no soy de la familia.

Él la miró pensativamente durante un momento.

—¿Aviso a un taxi?

—Podemos ir andando.

—¿Con esos botines?

Él tenía razón. Ella no estaba acostumbrada a llevar tacones, pero no se dejó tentar.

—Iré bien, está cerca.

—Son muy bonitos —comentó él.

—Me he vestido para... la ocasión —había estado a punto de decir que se había vestido para él.

—Ha merecido la pena. Estás... impresionante.

—Tú también estás bien.

—Muchas gracias. He hecho un esfuerzo especial para ponerme guapo.

Cuando entraron al vestíbulo del teatro, Rhiannon se alegró de haberle hecho caso a Peri. Algunas personas vestían informalmente, pero la mayoría llevaban diseños exclusivos, incluso joyas.

Gabriel y ella atrajeron algunas miradas, quizá porque él era un hombre muy conocido, o simplemente porque hacían una estupenda pareja. Se dirigieron hacia el bar, buscaron una mesa y Gabriel pidió dos copas de vino y algo para picar.

Cuando llegó el momento de entrar al auditorio y tomar asiento en las butacas de patio, Rhiannon descubrió que se estaba divirtiendo. Al final de la espectacular y dinámica función, su mente estaba llena de imágenes exóticas llenas de color y movimiento. De vuelta a la calle, la brisa nocturna le recordó que vivía en Nueva Zelanda. Había pasado dos horas inmersa en otro mundo.

Gabriel saludó brevemente a una pareja de conocidos y la llevó

al mejor restaurante de las cercanías. El maitre los condujo a una mesa y Rhiannon se dejó caer sobre la cómoda silla, satisfecha. Cuando miró a Gabriel lo encontró pensativo.

—Parte de los bailes eran un poco provocativos y la escasez de ropa en algunos bailarines... ¿no te ha molestado?

—Claro que no. Ha sido un espectáculo magnífico —repuso Rhiannon.

—Supongo que los artistas no se preocupan especialmente del recato.

Llegó el camarero de los vinos y ella pidió una sola copa de vino tinto.

—Tengo que conducir hasta casa luego —explicó.

—Esperaba que me dejaras acompañarte a casa.

—Tengo el coche en el aparcamiento, no quiero dejarlo toda la noche.

Un cierto escepticismo cruzó el rostro de Gabriel, pero aparentó sentirse contento de dejarla actuar en libertad e inició una grata conversación sobre la función, que duró hasta que llegaron los platos de comida. Después hablaron de otros tipos de arte.

Cuando salieron del restaurante las calles estaban casi vacías. Mientras caminaban por una acera un poco deteriorada, el tacón de Rhiannon se coló en un hueco y perdió el equilibrio, cayendo directamente en los brazos de Gabriel, que demostró tener buenos reflejos. Durante unos segundos mantuvieron esa postura mientras ella inhalaba la esencia de él. La palma de Rhiannon se apoyaba sobre el masculino pecho y sintió el calor de su piel antes de apartarla. Gabriel la soltó.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —dijo ella, pensando que su único problema era el ritmo galopante del corazón—. Gracias.

—Puede que esos botines sean muy sexy, pero resultan peligrosos.

—¿Sexy?

—Sin duda. Todos esos botones laterales... son intrigantes.

El instinto la urgió a abandonar el tema de la seducción, pero otra fuerza interior de origen desconocido la acusó de cobardía.

—¿No serás un fetichista de los pies, verdad? —preguntó tomando una bocanada de aire.

Mereció la pena ver un destello de sorpresa en sus ojos antes de que soltara una carcajada.

—No soy fetichista de nada, puedes estar tranquila. Lo único que pasa es que... me gustan tus pies.

A Rhiannon no le pasó desapercibido el tono ligeramente provocativo con el que él había dicho sus últimas palabras y sintió cómo sus emociones se alteraban en una mezcla de duda y trepidación donde reinaba una euforia cautelosa. Podría hacerlo, podría seguir flirteando como haría cualquier mujer normal con un hombre atractivo, después de haber disfrutado de un maravilloso espectáculo y una estupenda cena. Sólo necesitaba un poco más de práctica. Y Gabriel parecía dispuesto a ayudarla.

Cuando llegaron a su coche, él presionó sus labios contra los de ella antes de dejarla ocupar su asiento frente al volante.

A la mañana siguiente, él llamó a la galería.

—¿Tienes algo que hacer esta noche?

—He prometido asistir a un concierto en la residencia de mi padre.

—¿Podríamos comer juntos a mediodía?

Tentada, dudó.

—Realmente debería dedicar ese tiempo al tríptico de la iglesia.

—En otra ocasión, entonces —se conformó Gabriel al cabo de unos instantes.

—Supongo que sí.

—Esperaré. ¿Me llamarás cuando tengas noticias sobre mi mural?

—Por supuesto.

Ella lo llamó el jueves.

—Tengo varios bocetos que quiero que veas cuando puedas.

—¿Qué te parece esta misma noche? Podemos hablar sobre ellos mientras cenamos.

—De acuerdo. Habré acabado en la galería hacia las siete.

—¿Prefieres algún estilo de comida en especial? ¿Japonesa? ¿China? ¿India?

—Elige tú. Me gusta todo.

—Eres una mujer fácil de complacer.

—Y tú no pareces tener problemas para conseguirlo —era la pura verdad, se dijo Rhiannon.

—Gracias. Lo hago lo mejor que puedo.

Él llegó a recogerla en un taxi.

—Espero que hoy te atrevas a compartir una botella de vino conmigo. Te llevaré en taxi a casa para que no tengas que conducir.

—No voy vestida para ir a un sitio demasiado elegante.

—Estás perfecta —le aseguró él, observando su vestido verde y sus zapatos sin tacón de color musgo—. Preciosa.

Durante el trayecto en el taxi, él preguntó sobre la salud de su padre mientras ella se llenaba los pulmones de su esencia.

—Parecía… contento —su padre solía pasarse el día en una silla de ruedas, con una media sonrisa y sin dar muestras de conexión alguna con el mundo exterior—. La atención que recibe es muy buena.

—Eso debe de ser un auténtico alivio para ti.

—Lo es. No puedo hacer mucho más por él —dijo, pensando que le hubiera gustado confiarle a su padre los sentimientos contradictorios que profesaba a Gabriel, haberse sincerado, haber pedido consejo. Pero todo hubiera resultado inútil—. He traído varios bocetos. Te los enseñaré cuando lleguemos.

El restaurante que él había elegido tenía unas preciosas vistas sobre el puerto. Mientras esperaban sus platos, Rhiannon permitió que él le llenara la copa de vino y sacó los bocetos del bolso.

—Son sólo ideas —dijo—. Todavía estoy en pleno proceso creativo, no puedo ofrecerte nada definitivo.

Gabriel la miró intencionadamente, sonrojándose un poco.

—Lo sé —dijo echando una ojeada a los dibujos—. Nunca te he preguntado cómo te iniciaste en el mundo de los mosaicos.

—Cuando trabajaba en la galería de mi abuela dejé caer un plato de cerámica por accidente y se rompió en mil pedazos —hizo una pausa, recordando el momento—. Cuando estaba a punto de echarme a llorar, una clienta me sugirió la idea de utilizar los trozos para hacer un mosaico. Se ofreció voluntaria para enseñarme y una vez empecé ya no pude dejarlo.

—¿Empezaste haciendo una obra de arte con los restos de algo bello y deteriorado?

La mirada de él era intensa, como si comprendiera más de lo que

era capaz de expresar con palabras.

—No siempre uso azulejos rotos, a veces compro teselas auténticas —repuso ella rápidamente.

—¿Y qué material prefieres?

—Los diseños abstractos se adaptan mejor a las piezas irregulares, pero las teselas son perfectas cuando se trata de un trabajo de precisión formal.

—Supongo que a veces es necesario ser preciso y mantener las formas —comentó él con aire dubitativo.

—Tu mosaico parecerá caótico, pero estará controlado —lo tranquilizó ella—. Reflejará tu personalidad.

—¿Es tan fácil leer en mi interior?

—Los diseñadores de vuestro logotipo han conseguido crear una imagen de control sobre los azares del transporte —repuso ella, eludiendo cualquier alusión personal.

—¿Y esa es la imagen que tienes de mí? —insistió el.

—Tú eres el alma de esa empresa, ¿no?

—Yo soy sólo un hombre, Rhiannon, no una empresa.

—Nadie pude evitar dotar de personalidad propia al negocio —contraatacó ella.

—¿Has hecho tú lo mismo con Mosaica? —inquirió él.

—Supongo que sí —aceptó ella con cierta renuencia antes de tomar un sorbo de vino.

—La próxima vez me fijaré más en los detalles decorativos de la galería para conocerte mejor.

Él era demasiado inteligente como para que ella se sintiera totalmente a gusto. Levantó la copa de vino tan deprisa que estuvo a punto de derramarlo. Tomó un pequeño sorbo. Mientras lo saboreaba se encontró con los ojos de Gabriel que la miraban. Ambas miradas bailaron la una en torno a la otra durante unos instantes y Rhiannon sintió una deliciosa sensación de equilibrio. Después, él tomó la botella y rellenó ambas copas.

—¿Qué piensas de los bocetos? —preguntó Rhiannon, sacudiéndose las extrañas sensaciones—. Son muy esquemáticos, pero si te gustan las ideas básicas y las apruebas, seguiré refinándolos.

Él se puso a estudiar los dibujos y ella decidió relajarse. El efecto del vino era tonificante y, cuando llegó la comida, Rhiannon

disfrutó a sus anchas de unas materias primas extremadamente frescas y bien cocinadas.

—Tus dibujos me gustan mucho —dijo Gabriel—, pero no entiendo cómo has llegado a esto a partir del icono ruso que me enseñaste. ¿Cómo es el proceso creativo?

Ella trató de explicarse lo mejor que pudo y cuando volvió a mirar su copa de vino se dio cuenta de que casi estaba vacía de nuevo.

Gabriel la rellenó.

—¿Quieres que pida otra botella?

—Creo que no. Se me trabaría la lengua.

—De acuerdo —aceptó Gabriel, antes de lanzarse a explicarle con todo detalle las dificultades que había tenido su empresa para hacer llegar un paquete de la Cruz Roja hasta una zona de guerra, sin poner en peligro ni al emisario ni al bulto.

Rhiannon estaba fascinada.

—Supongo que ese tipo de envíos no es habitual.

—Nos crecemos ante las dificultades, forma parte de nuestro prestigio.

—¿Nunca os dais por vencidos?

—Cuando me propongo algo suelo llegar hasta el final —dijo con los ojos más azules que de costumbre—. Cuando un obstáculo me frena, busco otros caminos para conseguir mi objetivo.

Rhiannon se sintió súbitamente amenazada, pero meneó la cabeza para librarse de semejante pensamiento. La paranoia no la iba a llevar a ninguna parte. La obstinación de Gabriel por conseguir sus fines formaba parte intrínseca de su personalidad, no tenía nada que ver con ella directamente.

—Eres una persona de éxito —comentó ella finalmente.

—Tú también lo eres y tu trabajo merece todo mi respeto.

Rhiannon agradeció el comentario. Aunque nunca había deseado poseer una empresa millonaria, estaba satisfecha del rumbo que estaba tomando su vida. Excepto en lo que se refería a su relación con los hombres. En eso no había evolucionado y sabía que Gabriel representaba en esos momentos la oportunidad de superar todos sus traumas. Pero aceptar sus insinuaciones supondría adentrarse en territorio desconocido, lo cual la aterraba. Sin embargo, estaba decidida a deshacerse de los fantasmas del pasado, aunque eso

implicara tener que librar una larga batalla emocional consigo misma. Sonrió involuntariamente.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Gabriel.

—En nada —mintió ella sacudiendo la cabeza.

En nada que pudiera contarle, reflexionó Rhiannon. La idea de involucrar a Gabriel en sus asuntos personales había sido sólo una debilidad momentánea. Tendría que luchar ella sola con sus propias fuerzas.

Se entretuvieron tomando el café, pero Rhiannon declinó tomar una segunda taza.

—¿Te apetecería dar un paseo? —propuso Gabriel.

Ella accedió con gusto, la brisa nocturna resultaría refrescante y el ejercicio la ayudaría a hacer la digestión de la copiosa cena. Siempre le había gustado pasear por la noche, pero no era algo que se atreviera a hacer sola.

Mientras cruzaban la calle en dirección al paseo marítimo, Gabriel la tomó de la mano y ella no protestó. Al contrario, se concentró en la calidez del contacto y en las nuevas emociones que recorrían su cuerpo. Se sentía como si flotara y se preguntó si sería efecto del vino. Caminaron lentamente por los muelles mientras el ligero viento marino les acariciaba el rostro.

—¿Tienes frío? —preguntó Gabriel.

—No —contestó ella, sintiéndose cálida y segura.

Se detuvieron al cabo de un rato, se apoyaron en el malecón para contemplar el suave ritmo de las olas, las luces de la ciudad reflejadas en el agua y el trémulo destello de las estrellas en el firmamento. Gabriel le soltó la mano y ella se sintió casi despojada de algo que le pertenecía.

—La vista es preciosa —comentó ella.

—¿Sería demasiado cursi decirte que tú también lo eres?

Ella sintió una especie de impacto en el corazón, pero se estiró y apartó la mirada, temblando. Él se acercó, le tomó una mano y la besó mientras con el otro brazo le rodeaba la cintura. Ella no se movió, algo sorprendida, pero sin miedo. Al cabo de unos instantes, Gabriel colocó ambas manos firmemente sobre su cintura y la atrajo hacia sí. La besó en la mandíbula, justo debajo de la oreja, y luego arrastró los labios hacia la garganta para acabar depositándolos sobre su boca con ternura. Rhiannon entreabrió los labios y sintió

una exquisita llamarada de deseo. Se arrimó a él instintivamente y fue recibida con un abrazo. Al cabo de un momento se oyeron las rápidas pisadas de un paseante con su perro y ella aprovechó la interrupción para separarse de Gabriel.

—Te llevaré a casa —dijo él—. A no ser que quieras conocer la mía.

Rhiannon meneó la cabeza sin demasiada energía. Posiblemente un día no muy lejano podría aceptar una propuesta de ese tipo, pero aún no se encontraba preparada.

—Prefiero irme a casa, gracias.

Él no pareció decepcionado. Se acercó al bordillo de la acera, levantó una mano y paró a un taxi.

—¿Adónde vamos? —preguntó el taxista.

Ella debería haber previsto que ese momento llegaría. En cuanto ella dijera su dirección empezaría a sentirse vulnerable.

En ese momento Gabriel recitó correctamente la dirección de su domicilio, dejándola anonadada. Luchó contra una oleada de pánico para recuperar el habla.

—¿Cómo sabes dónde vivo? —preguntó casi mareada.

# Capítulo 4

LOS DEDOS de él se aferraron a la mano de ella, pero Rhiannon la retiró.

—¿No me lo has dicho tú? —preguntó Gabriel.

—¡No! —exclamó ella enfadada.

Tuvo que luchar contra la urgente necesidad de parapetarse contra una de las puertas del taxi en posición fetal. Se le pasó por la cabeza pedirle al taxista que parara y la dejara salir. Pero si lo hacía, Gabriel la seguiría. Al menos, dentro del taxi había una tercera persona, un posible aliado. Estiró la espalda, deseando recuperar la calma, pero era difícil porque su corazón latía erráticamente acelerado y tenía la boca seca.

—Jamás comunico mi dirección a los clientes —aseguró finalmente.

Gabriel no se movió, estaba cruzado de brazos, mirándola de refilón.

—Me había hecho la ilusión de ser algo más que un simple cliente.

—¿Cómo lo supiste? —insistió Rhiannon.

—Tu dirección está en el registro informático de Angelair. Me dijiste que utilizabas nuestros servicios.

Por supuesto, se dijo ella, enviaba muchas cosas desde el estudio que tenía en casa.

—¿Buscaste mi dirección a propósito? —preguntó Rhiannon con tono helado—, ¿Es así como asedias a las mujeres?

—¡No! Estaba mirando otra cosa y vi tu nombre por casualidad.

—Y memorizaste mi dirección. No tenías ningún derecho a hacerlo.

—Lo hice sin darme cuenta. Lo siento, Rhiannon, no pretendía incomodarte.

—No estoy incómoda. ¡Estoy furiosa! ¿Cómo te has atrevido a hacer una cosa así? ¡No es ético!

Ella tenía razón y Gabriel lo sabía. La información confidencial sobre los clientes era sagrada. Él mismo hubiera despedido de inmediato a cualquier empleado que hubiera utilizado esa información privilegiada para cualquier cosa que no estuviera

relacionada con el funcionamiento de la empresa. Se dejó invadir por un extraño sentimiento de culpa. Siempre se había tenido por un hombre honesto y, aunque había memorizado involuntariamente la dirección de Rhiannon, jamás había pensado en la posibilidad de hacer uso de ella. Simplemente, se la había recitado al taxista, sin pensarlo dos veces.

—Todo lo que puedo hacer es pedirte disculpas —dijo—, de rodillas si es necesario...

—No quiero que te arrodilles, lo único que necesito es mantener mi privacidad.

—Te aseguro que no volverá a suceder. No lo hice a propósito, te lo juro.

Rhiannon se dedicó a mirar por la ventana durante todo el trayecto, con el estómago contraído. Necesitaba pensar, a ser posible lejos de la molesta presencia de Gabriel. Cuando el taxi paró delante de su casa, ella se bajó sin mirar hacia atrás, pero él le pidió al taxista que lo esperara y la acompañó hasta el portal de la vieja mansión. Sin mirarlo, Rhiannon metió la llave en la cerradura.

—Supongo que no vas a invitarme a entrar —dijo Gabriel.

Ella entreabrió la puerta ligeramente antes de volverse para mirarlo con renuencia.

—Ha sido una velada muy agradable, gracias.

—Ha sido una velada estupenda —repuso él—, hasta que cometí un error —añadió pasando un dedo por la mejilla de ella—. Por favor, no dejes que mi estupidez arruine nuestra relación. Buenas noches, Rhiannon.

Al día siguiente, Rhiannon estaba sacando brillo a un jarrón de cristal cuando oyó una voz masculina que se dirigía a ella desde la puerta.

—¿La señorita Lewis?

Con el delicado jarrón en la mano, ella se volvió para atender al desconocido que portaba un enorme ramo de rosas de color melocotón. El jarrón escapó de sus manos y se estrelló contra el suelo haciéndose añicos.

El hombre dio un paso hacia atrás y Peri salió de la trastienda.

—¡Diablos! —exclamó el repartidor de la floristería —. No pretendía asustarla.

—No importa —repuso ella después de recobrar la compostura —. No ha sido culpa suya.

—Las flores son para usted —dijo el hombre, haciendo la entrega.

Ella miró el ramo, sintiendo el fuerte aroma que desprendía, pero sin atreverse a tocarlo.

—Démelo a mí —intervino Peri.

—Siento lo ocurrido —volvió a disculparse el repartidor antes de irse—. Una pena.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Peri a Rhiannon.

—Sí —respondió ella apoyándose en el mostrador con el semblante pálido—. Llévate las flores y trae una escoba. Hay que limpiar el suelo inmediatamente.

—Hay un sobre en el ramo —comentó él entregándoselo.

Rhiannon tomo una bocanada de aire antes de abrir la solapa. Sólo había una tarjeta con una gran G inicial.

—Apuesto a que se trata de nuestro amigo Gabriel Hudson —dijo Peri—. ¿Qué quieres que haga con las flores?

—Quédatelas.

—¿Estás segura?

Ella dudó al ver que dos clientas abrían la puerta.

—No, mejor será que busques un jarrón adecuado y las pongas en algún sitio visible. Pueden ser del agrado de los clientes.

—Muy bien, jefa —dijo Peri con una sonrisa.

Las metió con agua en un jarrón de porcelana china y las depositó sobre el alféizar interior de la ventana, entre otras obras de arte.

Hacia las cinco de la tarde, Rhiannon levantó la vista de la agenda de teléfonos y vio a Gabriel en la calle, admirando las flores. Sus miradas se encontraron durante un instante y él levantó una mano a modo de saludo antes de decidirse a entrar.

—Has colocado mis flores en un lugar de honor.

—No he sido yo, ha sido Peri.

—Al menos no las has tirado a la basura —ella abrió los ojos desmesuradamente al verse descubierta—. Ah —dijo Gabriel comprendiendo—. Seguro que fue lo primero que pensaste. Espero que se te haya pasado el enfado.

—No estoy enfadada contigo, pero… preferiría que nuestras relaciones se limitaran a lo estrictamente profesional de ahora en adelante —dijo ella, expresando la decisión que había tomado durante la noche.

—¿Por qué? —preguntó él poniéndose tenso.

—No me parece buena idea mezclar los negocios con las relaciones personales. Estoy segura de que tú no te citas con tus empleados.

—Tú no eres mi empleada. Eres una profesional independiente unida a mí por un contrato.

—No por escrito.

—Los acuerdos verbales también son vinculantes.

—Pero no afectan a las relaciones personales.

—Insertaré una cláusula. Perdona, sabes que no quería decir eso. Pero… ¿no piensas que te estás cerrando una puerta?

—¡Tienes una opinión muy elevada de ti mismo! —exclamó Rhiannon, atónita por su atrevimiento, pero experimentando al mismo tiempo una cierta sensación de triunfo y sonrojo.

El triunfo desapareció de sus ojos cuando él plantó las manos firmemente sobre el mostrador.

—A no ser que seas la mejor actriz del mundo, hubiera jurado que anoche lo pasaste estupendamente conmigo. Hasta que lo estropeé. Pero… ¿vas a dejar que un error arruine lo que prometía ser maravilloso?

¿Estaba ella haciendo una montaña de un grano de arena? Consciente de que era hipersensible con respecto a cierto tipo de cosas, Rhiannon flaqueó.

—Ven a tomar una copa conmigo y hablaremos de cómo te sientes —rogó Gabriel.

—Lo siento, estoy ocupada —era cierto, tenía que hacer la declaración dé la renta—. Trataré de presentarte un presupuesto para el mosaico dentro de diez o quince días —prometió.

—De acuerdo —aceptó Gabriel en plena retirada—. Nos veremos —añadió antes de dirigirse a la puerta sin mirar hacia atrás.

Gabriel salió de la galería abatido por el sentimiento de que había cometido un error fatal. Lo último que necesitaba Rhiannon era que la presionaran. ¿Se habría convertido en un hombre arrogante sin darse cuenta? De lo que sí estaba seguro era de que

nunca le había costado tanto trabajo acercarse a una mujer. Como no estaba acostumbrado a verse rechazado, tampoco sabía cómo manejar la situación. Enfadarse o desesperarse no iba a mejorar las cosas.

Ya en la calle, Gabriel se sintió confuso, hubiera deseado plantarse en la galería a primera hora de la mañana para arreglar las cosas, pero algo lo había inducido a mostrarse prudente y había pensado que pedir perdón con un ramo de flores era una forma universal de disculparse. Cualquier mujer lo habría entendido perfectamente. Pero esa mujer era diferente a las demás.

# Capítulo 5

RHIANNON se estiró y flexionó los músculos, apartando de sí el formulario de la declaración de la renta. Pensó en la posibilidad de contratar a un contable para que sacara adelante el trabajo administrativo. Siempre le había gustado pelearse con las cifras, pero el día no tenía más que veinticuatro horas y cada vez tenía más ganas de dedicarle más tiempo a su arte. Lo cual le recordó que había prometido preparar un presupuesto para el mosaico de Gabriel.

El propio Gabriel apareció en su memoria con vividos colores, apuesto y confiado, y demasiado inteligente como para que ella pudiera mantener la paz mental. Ese hombre había despertado en ella emociones dormidas de las que había podido prescindir perfectamente durante los últimos años. Pero conocerlo había supuesto perder el equilibrio emocional que tanto trabajo le había costado construir.

El dibujo del arcángel estaba colgado en la pared frente a su escritorio, de forma que pudiera verlo a menudo con el fin de dar curso al proceso creativo. Lo miró una vez más, sacó un papel y se puso a dibujar. Varias horas más tarde contaba con una docena de dibujos. El habitual tráfico de la calle era apenas audible y cuando consultó el reloj se dio cuenta de que había trabajado hasta las primeras horas de la madrugada y tenía frío. Pero al menos sabía qué era lo que pensaba hacer en la pared de cemento del edificio de Angelair. Restregándose los ojos, decidió irse a casa.

A la mañana siguiente, Janette estaba preparando café en la cocina.

—Ayer llegaste tarde. ¿Una cita? —preguntó su compañera con una sonrisa pícara.

—Trabajo —repuso ella, sirviéndose una taza—. Siento haberte despertado.

—No te preocupes. Acababa de llegar de una guardia. Pero trabajar de día y de noche no es bueno para tu salud. ¿Cuánto tiempo hace que no tienes una cita?

—Anteayer —se defendió Rhiannon.

—Ah, ¿lo pasaste bien?

—Sí, estuvo bien hasta que… Janette, si un hombre se enterara de tu dirección sin pedirte permiso, ¿te sentirías molesta?

—Hum. Depende —repuso con cautela—. Si realmente me gusta y su intención fuera mandarme flores o algo por el estilo, probablemente me sentiría halagada. Siempre que no lo hiciera para acosarme —Rhiannon tembló y tomó un sorbo de café caliente para reconfortarse—. ¿Estás preocupada?

La lógica le decía que Gabriel Hudson no estaba tan desesperado como para acecharla en su propia casa, y las opiniones de Janette solían ser muy juiciosas.

—No —contestó.

Rhiannon se pasó el resto de la semana levantando la cabeza cada vez que sonaba la campanilla de la puerta para ver si era Gabriel, pero él no apareció. Durante el fin de semana terminó el tríptico para la iglesia y ya no tuvo excusa para relegar el encargo de Gabriel.

El lunes preparó un presupuesto y estuvo varios minutos delante del teléfono, indecisa, mientras Peri atendía a los clientes. Finalmente descolgó, marcó el número y pidió a la secretaria que la pusiera en contacto con Gabriel.

Al oír su voz tuvo que tomar una gran bocanada de aire.

—Tengo el diseño final del mosaico —le dijo—, y he preparado un presupuesto —soltó la cifra rápidamente, pero él no contestó de inmediato—. Si te parece demasiado…

—No, el precio está bien —la interrumpió él—. No pienso regatear. Pero me gustaría ver el diseño final antes de firmar el contrato.

—Por supuesto. Eso pensaba sugerirte.

—Si no quieres salir de la galería puedo ir a verte hacia las once y media. ¿Te parece bien?

—Sí —dijo ella sintiendo un vacío al darse cuenta de que él le había propuesto una cita de negocios en mitad de la jornada de trabajo. Lo había espantado.

Gabriel parecía dispuesto a respetar que las relaciones entre ellos se limitaran a lo estrictamente profesional. Debería sentirse agradecida.

—Allí estaré —dijo él con cierta brusquedad.

Gabriel colgó el teléfono y se quedó mirándolo fijamente con el ceño fruncido. Su primer impulso había sido irse de inmediato a la galería, el mismo impulso que llevaba combatiendo durante las dos últimas semanas. Pero el pragmatismo se había impuesto. Tenía que ver el diseño final y discurrir una excusa profesional para invitarla a tomar un café y charlar sobre ello. Estaba seguro de que ella se había ilusionado con el proyecto, y eso le daba una cierta ventaja. Una vez firmado el contrato, ella no podría apartarse de su vida hasta que terminara el trabajo. Y Gabriel estaba decidido a seguir de cerca los progresos. Un abanico de oportunidades se abría ante él.

Llegó deliberadamente con quince minutos de retraso, preparado para disculparse con una reunión de última hora completamente imaginaria. Había varias personas en la galería y tuvo que esperar hasta que Rhiannon pudo atenderlo.

—Será mejor que entres en la trastienda —dijo ella, quitándole importancia a su retraso con un ademán.

Gabriel echó un vistazo de reconocimiento al santuario. Era más grande de lo que había imaginado pero no había detalles personales, sólo cosas relacionadas con el trabajo.

—Éste es el diseño —dijo Rhiannon, extendiendo sobre el escritorio una gran hoja de papel—. Espero que lo apruebes.

Él se acercó a ella para sujetar uno de los extremos del papel, que tendía a curvarse, mientras ella sostenía el otro.

Los colores eran similares a los del icono ruso, pero el diseño parecía abstracto, aunque al fijarse un poco más pudo percibir la tenue imagen de las alas plateadas del arcángel, apenas sugerida. Una línea quebrada insinuaba una sensación de luz y velocidad.

—¿Puedes convertir este diseño en un mosaico?—preguntó él.

—Sí, pero las piezas plateadas irán pintadas de color metálico. Había pensado en insertar trocitos de espejo, pero la pintura logrará un efecto más suave y armonizará mejor con el resto de los colores. ¿Te gusta?

—¿Puedes explicarme el simbolismo? —inquirió él, recordando su plan de suscitar un tema de conversación.

Pensaba que ella no le iba a decir nada especial, pero se encontró descubriendo un montón de cosas en las que no había

reparado. Ella hablaba con entusiasmo y él repartía su atención entre el diseño y su rostro animado. Rhiannon terminó su explicación con aire satisfecho y Gabriel la encontró más hermosa que nunca y la miró complacido y con deseo. Ella reaccionó sonrojándose y entreabriendo los labios, pero al cabo de un instante dio un paso hacia atrás y se colocó un mechón de pelo, adoptando un aire más profesional.

—Espero que satisfaga tus expectativas.

—Es perfecto —dijo él, incapaz de fingir que el diseño tenía ningún defecto—. Justo lo que necesito.

Rhiannon se relajó visiblemente, aunque su sonrisa seguía tensa.

—Si estás satisfecho, podemos firmar el contrato ahora mismo. He preparado dos copias —dijo abriendo un cajón.

Él pensó que nunca estaría satisfecho hasta que pudiera compartir una cama con ella. Quería que la llama que encendía su rostro al hablar de arte resplandeciera también mientras él la sostenía en sus brazos, desnuda y preparada para el delicioso placer del amor.

—Si deseas hacer algún cambio… —estaba diciendo ella con los documentos en la mano.

Con un cierto aire de culpabilidad, Gabriel echó un vistazo al contrato que ella le tendía y vio su oportunidad.

—¿Por qué no discutimos los detalles tomando un café? —propuso en tono profesional.

—Solemos tener muchos clientes a esta hora —se disculpó ella—. No quiero que Peri se quede solo con todo ese trabajo.

—No hay ningún problema, jefa —dijo Peri entrando en ese momento en la trastienda—. Puedo ocuparme de todo.

—¿Vamos? —propuso Gabriel mirándola con las cejas alzadas.

—Supongo que puedo ausentarme durante media hora —accedió Rhiannon con un suspiro mientras metía las dos copias del contrato en el bolso.

Se sentaron en una cafetería cercana, pidieron los cafés y ella puso los contratos sobre la mesa. Él leyó una de las copias rápidamente e hizo un par de preguntas que ella contestó con aplomo. Gabriel firmó las dos copias.

—Me aseguraré de que mañana recibas el cheque con el anticipo —prometió.

—Gracias. Necesito comprar los materiales.

Él le tendió los papeles y ella estampó su cuidada firma junto a la de él.

—¿Lo sellamos con un apretón de manos? —propuso Gabriel. Ella dejó que él le apretara la mano durante un instante antes de retirarla—. ¿Cuándo has previsto empezar a trabajar? —preguntó él mientras les servían los cafés y los bollos—. Tengo que encargar el andamio.

—Te llamaré. Primero tengo que reunir todos los materiales. ¿Hay alguna habitación vacía que pueda servir de almacén?

—Me ocuparé de ello. Supongo que sería preferible que estuviese cerca de la pared del mosaico.

—Si es posible...

—Lo haré posible. Todo es posible si lo deseas con la suficiente intensidad.

—¡No! —exclamó Rhiannon al tiempo que se cortaba con el cuchillo en el pulgar, y se llevaba el dedo a la boca. Gabriel se inclinó para tomarle la mano e inspeccionar la herida—. No es nada —dijo Rhiannon—, el cuchillo ni siquiera estaba afilado.

—Lo suficientemente afilado como para hacerte un corte —dijo él tomando una servilleta de papel para detener el hilo de sangre—. Apriétala durante un rato y se detendrá la hemorragia —aconsejó.

—Te aseguro que no tiene importancia —dijo ella, obedeciendo —. Debes de pensar que soy idiota.

—No lo pienso, eres una mujer de negocios y una artista de talento, una gran combinación. Un accidente lo tiene cualquiera.

—No me acuerdo de qué estábamos hablando antes del incidente —dijo Rhiannon para cambiar de tema.

—Te decía que todo es posible si de verdad te lo propones y tú me contestabas que no.

—No siempre funcionan así las cosas. Especialmente cuando hay otras personas involucradas.

—En esos casos hay que llegar a un acuerdo satisfactorio para las partes. Yo siempre procuro lograr situaciones de equilibrio en mis negocios.

—Hay ocasiones en que alguien sale perdiendo —insistió Rhiannon.

—Yo no soy un perdedor —dijo Gabriel—. Y tú tampoco encajas

en esa descripción.

Ella levantó la vista para mirarlo a los ojos al oír ese comentario. La mirada de él era serena y plateada.

—Creo que ha parado de sangrar —dijo Rhiannon.

Él se inclinó sobre ella y levantó la servilleta por una punta con cuidado.

—No te quedará ninguna señal —afirmó.

—No creo —corroboró ella.

Las heridas cicatrizaban y, con el tiempo, desaparecía todo rastro de ellas. Los milagros existían. En ocasiones los enfermos terminales se recuperaban por completo sorprendiendo a todo el mundo.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Gabriel con curiosidad.

—Nada —repuso ella dando un mordisco al bollo.

Nada que pudiera contarle a nadie hasta que no hubiera conjurado los fantasmas de su pasado.

Gabriel pensó que Rhiannon era una experta a la hora de esconder los pensamientos, pero se relajó al darse cuenta de que, afortunadamente, no era capaz de ocultar los sentimientos. Estaba aprendiendo a leer las expresiones de su rostro y los gestos de su cuerpo. Pero las preguntas personales sólo conseguían alejarla.

—¿Está bueno tu bollo? —preguntó educadamente para romper el silencio.

—Estupendo. ¿Y el tuyo?

—Genial. Estoy pensando que tendré que pedir una tarjeta electrónica de acceso al edifico de Angelair para ti. Al fin y al cabo, vas a trabajar cuando no haya nadie.

—Gracias.

—Siempre hay un guardia de seguridad en el vestíbulo —se apresuró a explicar él al notar una nota de reserva en la voz de ella —. Vive en el ático. Si tienes algún problema puedes llamarlo por el teléfono interior.

—Lo haré —dijo ella con alivio terminándose el café.

En la mesa de al lado había un ruidoso grupo de hombres mostrando sus teléfonos móviles y discutiendo sobre cuál era el más pequeño, al tiempo que intercambiaban bromas con la camarera.

—Tengo que irme —dijo Rhiannon poniéndose en pie.

Con renuencia, Gabriel se dispuso a acompañarla, pero uno de

los vecinos había estirado las piernas y les bloqueaba el camino.

—Permítame —dijo ella educadamente.

El hombre levantó la vista, observando su cuerpo con descaro.

—Por supuesto, encanto —dijo sin moverse un ápice para provocarla.

Gabriel tomó a Rhiannon de la mano y lanzó una mirada amenazadora al desconocido. Éste se puso inmediatamente en pie, pero les hizo una exagerada reverencia que provocó las carcajadas de todo el grupo.

—¡Qué idiota! —comentó Gabriel en voz baja una vez estuvieron en la calle. Se había dado cuenta de que ella estaba temblando. La estrechó contra sí antes de darse cuenta de que probablemente el contacto físico no era lo más adecuado. La soltó inmediatamente—. ¿Te sientes bien?

—Por supuesto —dijo ella separándose de él—. Sólo ha sido una broma.

En condiciones normales, Gabriel habría pensado que se trataba de un incidente trivial. Las mujeres estaban constantemente expuestas a ese tipo de estupideces, pero por alguna razón le hubiera gustado estamparle un puñetazo en la cara a ese idiota. Intuyó que algo en el pasado de Rhiannon la hacía extremadamente susceptible frente a ese tipo de situaciones. Pensó en la posibilidad de contratar a un detective privado para averiguar la verdad sobre la vida de Rhiannon, pero se contuvo. No podía entrometerse de esa manera, se lo había prometido. La revelación tendría que partir de ella. ¿Llegaría alguna vez ese momento?

# Capítulo 6

RHIANNON mandó a Peri a tomarse un café en cuanto entró en la galería y luego se puso a cambiar algunos objetos de sitio, cualquier cosa menos pensar en Gabriel Hudson.

Había estado a punto de decirle que lo perdonaba por haberse entrometido en su vida privada, pero no había encontrado el momento. Primero se había alterado con el incidente del cuchillo y luego había perdido la seguridad antes el descarado desconocido. La tentación de dejarse proteger por los brazos de Gabriel cuando habían salido a la calle había quedado anulada por la certeza de que él debía de estar pensando que ella estaba medio chiflada, cuando se dejaba intimidar por una estupidez. Pero la idea de que él empezaba a advertir con preocupación sus reservas con respecto al mundo masculino luchaba por abrirse paso en su mente.

Sin embargo, las ganas que había sentido de abandonarse entre sus brazos resultaban inquietantes y... peligrosas. Rhiannon había aprendido a no confiar en nadie aparte de sí misma, pero de alguna manera Gabriel conseguía en ocasiones minar sus defensas. Los sentimientos y emociones que había enterrado para siempre surgían sin previo aviso cuando él estaba presente. Antes de descubrir que él había investigado su dirección, se había sentido tentada a abrirse un poco, a explorar ese nuevo mundo.

Pero el pánico la había detenido, no podía arriesgarse a perder la confianza en sí misma que tanto trabajo le había costado construir. La actitud protectora de Gabriel era tentadora, pero si ella confiaba en él y él fallaba... perdería por completo la autoestima que había conquistado con esfuerzo durante los últimos cinco años...

La llegada de Peri la sacó de su ensimismamiento.

—¿Qué tal ese café? —preguntó él.

—Bien, firmamos el contrato para el mosaico.

—¿Sólo negocios? No puedo creerlo.

—Te lo aseguro. Creo que hay que desempaquetar un pedido de cerámica. Pon las piezas en el estante del fondo.

—A sus órdenes, jefa —dijo él dirigiéndole una mirada penetrante antes de perderse en la trastienda.

Rhiannon suspiró, no había pretendido ser grosera con Peri. Él no tenía la culpa de que ella se sintiera insegura y desconcertada. Y, siendo honesta, tampoco pensaba que la culpa fuera de Gabriel. El problema estaba en su interior. Pero tampoco era culpa suya, se dijo furiosa. Los meses de consulta psiquiátrica la habían convencido de que sólo ella sería capaz de resolver el conflicto que la atenazaba.

A la mañana siguiente empezaría a comprar los materiales para el mosaico de Angelair. Tendría que llamar a Gabriel para asegurarse de que disponía de un almacén, pensó con una contradictoria mezcla de ansiedad y esperanza.

A la mañana siguiente, a primera hora, Gabriel llamó para decir que el almacén estaba listo.

—Está cerca de los ascensores —explicó—. Me ocuparé de que alguien te ayude a transportar los materiales.

—No creo que sea necesario.

—Yo sí. Me acuerdo perfectamente de lo que pesaba aquella caja de azulejos, el día que nos conocimos.

Ella se sintió avergonzada al recordar el momento de su caída.

—No necesitaré los azulejos de momento. Primero tengo que trazar el diseño sobre la pared para que me sirva de guía.

—Ah. Ya he contratado el andamio. Elige un día para estar presente mientras lo montan. Quiero que quede exactamente a tu gusto.

El viernes por la tarde se montó el andamio bajo las instrucciones de Rhiannon mientras Gabriel iba comprobando que las fijaciones eran seguras.

—Está perfecto —lo tranquilizo ella finalmente—. No te preocupes.

—¿No te pone nerviosa tener que subirte ahí arriba?

—No especialmente —una caída contra las escaleras podía ser mortal, pero la barra de seguridad que él había insistido en instalar la protegería de cualquier descuido.

—No sé si hay suficiente luz. Podría instalar un par de focos.

—Gracias —dijo ella sacando un enorme pliego de papel de un tubo de cartón.

—¿Está hecho a escala?

—Sí, no quiero cometer errores. Para empezar, tendré que trazar

una cuadrícula en la pared.

—No deseo apresurarte —dijo Gabriel—, pero si se produce una emergencia y no podemos usar los ascensores, el andamio supone un serio obstáculo en las escaleras.

—Empezaré por la parte alta para que podamos retirarlo cuanto antes —repuso ella, consciente del peligro.

—¿Cuándo piensas empezar?

—Mañana mismo, en cuanto cierre la galería.

—Estaré aquí, pero no te olvides de llevar siempre la tarjeta de apertura electrónica.

Mientras descendían las escaleras apareció un hombre de uniforme en el vestíbulo y Gabriel le explicó que se trataba del guardia de seguridad.

Mick Dysart estrechó la mano de Rhiannon y le aseguró que siempre estaría disponible para ella.

—Si no estoy en la oficina del vestíbulo —dijo—, estaré en mi casa. Hay un teléfono interior junto a los ascensores.

—Si sales de noche y no estoy yo aquí —le advirtió Gabriel mientras la acompañaba hasta el coche—, pídele a Mick que te acompañe hasta el coche.

Cuando ella llegó el sábado por la tarde, él ya estaba allí estudiando la pared, que estaba iluminada por dos potentes focos.

—¿Has comido algo?

—Sí —respondió ella.

Discurrieron juntos un sistema para dibujar la cuadrícula y terminaron antes de que se hiciera de noche.

—Gracias —dijo ella, estirando la espalda y apoyando las manos sobre los riñones.

Dudaba mucho de que pudiera terminarla en un solo día.

—¿Qué vas a hacer a continuación?

—Dibujar las líneas maestras del diseño.

—Supongo que en eso no podré ser de mucha ayuda.

—No, pero te agradezco que me hayas echado una mano hoy.

—¿Te gustaría cenar conmigo?

—He quedado con unos amigos esta noche —dijo ella, satisfecha de tener una excusa auténtica.

El domingo, cuando llevaba una media hora dibujando las líneas maestras del diseño, oyó unas pisadas sobre el suelo de mármol del vestíbulo y se detuvo para echar una ojeada, esperando encontrarse al guardia de seguridad. Pero era Gabriel.

—Pensé que estarías aquí —dijo él.

—Yo creí que no vendrías hoy —repuso ella.

Sus voces sonaban extrañas en el edificio vacío. Todo estaba más tranquilo que el día anterior, ya que el equipo de demolición del edificio contiguo no trabajaba los domingos.

—Tengo que revisar unos papeles —explicó él—. No quiero que te pases aquí todo el día —añadió—. Si estás seis días en la galería y uno trabajando en mi proyecto te convertirás en una esclava. Y la idea no me gusta.

—Este trabajo es diferente al de la galería —comentó ella.

—¿Es un acto de amor? —preguntó él con una sonrisa divertida.

—Sé que vas a pagarme por ello, pero sí, mi trabajo con los mosaicos es un acto de amor a la belleza.

—De acuerdo, pero no te quedes hasta muy tarde. ¿Necesitas algo?

—No, gracias.

—Estupendo —repuso él dirigiéndose hacia los ascensores—. Ya nos veremos.

Ella volvió a concentrarse en su trabajo y durante las horas siguientes recibió por dos veces la visita del guardia de seguridad.

A la una en punto, Gabriel volvió a aparecer.

—¿Has comido? ¿Quieres parar un rato?

—Sí, he comido unos bocadillos —se había traído comida de casa.

—Lo que estás haciendo me parece un trabajo tremendo para una sola persona.

—Puedo hacerlo.

—No quería decir que no pudieras. Pero no me gustaría que tuvieras un accidente debido al cansancio.

—No te preocupes. Sé cuidar de mí misma.

—Tengo que irme —dijo él consultando el reloj—. No dudes en llamar a Mick si necesitas algo.

El lunes por la tarde Gabriel se detuvo a contemplar el trabajo

de Rhiannon al salir de la oficina. Ella tuvo que hacer un esfuerzo para mantener la concentración mientras se sentía observada y sólo se relajó cuando él se despidió.

A las ocho de la tarde Mick le ofreció un café y ella aceptó. Se sentaron un rato en las escaleras mientras tomaban la bebida caliente y charlaban. Él le contó que era viudo y que tenía dos hijas, una de ellas casada.

—Éstos son mis nietos —dijo mostrándole una foto de tres niños sonrientes—. Es una pena que mi mujer no haya vivido lo suficiente como para conocerlos.

—Son encantadores —comentó Rhiannon.

Le gustaban los niños, eran inofensivos y divertidos, aunque suponían una tremenda responsabilidad para los padres. De forma vaga y ausente, pensó en la posibilidad de tener hijos propios en el futuro, pero se bloqueó al caer en la cuenta de los preliminares necesarios.

Durante esa semana Rhiannon continuó trabajando en el dibujo preliminar todas las tardes. El viernes, cuando estaba a punto de irse, apareció Gabriel por las escaleras, más apuesto que nunca, con la camisa blanca arremangada y unos pantalones oscuros.

—¿Te marchabas ya? —preguntó él.

—Sí, ahora mismo. Acabo de terminar las líneas maestras. Mañana empezaré a aplicar los colores.

Salieron juntos del edificio.

—Necesitarás que alguien te ayude a sostener las latas de pintura. Vendré.

—Dijiste que Mick podría ayudarme.

—Mick tiene el fin de semana libre para ir a visitar a su familia.

—Y tú... ¿nunca te tomas tiempo libre?

—Soy el jefe. Siempre alerta. ¿A qué hora piensas venir?

—A las dos y media, después de cerrar la galería.

—Ahí estaré.

Cuando llegaron al coche de Rhiannon, él se apoyó sobre la ventana trasera mientras ella buscaba las llaves.

—Una vez me dijiste que te gustaba —comentó él—. ¿Has cambiado de opinión?

—No —dijo ella.

Era capaz de admitir que ese hombre le gustaba, pero no podía

soportar los efectos que tenía sobre ella su proximidad.

Al día siguiente, Gabriel llegó vestido con pantalones vaqueros y camiseta de algodón. Inmediatamente se puso a subir las latas de pintura al andamio mientras Rhiannon las iba abriendo.

—Ese color parece un poco desvaído —comentó él cuando ella hubo dado las primeras pinceladas azules.

—Es sólo una guía, las teselas serán más llamativas —explicó ella.

—Hum, parece fácil. ¿Puedo ayudarte?

Rhiannon sopesó la propuesta. En realidad sólo había que rellenar de color las zonas marcadas. Y siempre sería mejor que él estuviera activo en vez de observándola.

—De acuerdo. Tú puedes empezar por la zona más alta y así nos encontraremos en el medio.

—Me parece una gran idea —dijo él con una sonrisa radiante.

Trabajaron durante un rato y Rhiannon le cedió el honor de dar la última pincelada de la zona azul.

—¿Qué tal lo he hecho? —preguntó él con entusiasmo.

—Muy bien —dijo ella riendo—. Puedes seguir ayudándome si quieres.

Siguieron trabajando con otras zonas de color y ella empezó a acostumbrarse a su presencia. Pasaron las horas.

—Espero que no hayas pensado trabajar durante mucho rato más —dijo él a las cinco.

—Voy a cenar con unos amigos esta noche —lo desilusionó ella.

—Estoy invitado a la inauguración de una sala de fiestas el sábado. ¿Te gustaría acompañarme?

—Yo no bailo.

—¿Por qué?

—No se me da bien.

—La práctica ayuda mucho en esos casos.

—La verdad es que no me interesa.

—No sabes lo que te pierdes —concluyó él con una mirada penetrante.

A la mañana siguiente, él la estaba esperando como de costumbre, subido al andamio con los pinceles y las latas de pintura

preparadas.

—Buenos días —la saludó desde lo alto, mirándola con los ojos brillantes y a la expectativa.

Rhiannon trató de acallar una súbita oleada de deseo, pero aunque mantuvo las distancias al subirse al andamio, la sensación era tan fuerte como si un torrente de calor le licuara los huesos. Él no se movió. Estaba delante de los botes de pintura y ella se dio cuenta de que tendría que pasar por su lado si quería ponerse a trabajar. Dio unos pasos y llegó el inevitable momento en que su brazo rozó el de él. Gabriel permaneció inmóvil y ella notó cómo se le erizaba la nuca mientras se agachaba para abrir una lata de pintura. Le temblaba tanto la mano que se le cayó el destornillador. Gabriel se inclinó para recogerlo y asumió la tarea de abrir la lata.

—Gracias —dijo Rhiannon de forma casi inaudible.

—De nada. Dime qué es lo que quieres que haga.

Trabajaron durante largo rato en silencio y Rhiannon se fue relajando poco a poco. Cuando Mick llegó a ofrecerles una taza de café, ella casi se había recuperado del todo.

—Hay un buen restaurante a la vuelta de la esquina —sugirió Gabriel a mediodía.

Ella meneó la cabeza.

—Me he traído comida de casa. Ve tú.

Él estuvo fuera unos veinte minutos y regresó con dos tazas de café caliente y unos pasteles.

—Gracias —dijo Rhiannon cuando él le acercó una de las tazas, sentándose junto a él en la escalera.

—¿Eres feliz? —preguntó Gabriel—. ¿Te gusta cómo va todo?

Decidida a no admitir mensajes subliminales, ella fijó la vista en la pared.

—Vamos más deprisa de lo que esperaba, gracias a tu ayuda.

—Estoy encantado, nunca pensé que el trabajo artístico podría ser tan gratificante. Ya sabes que puedes contar conmigo para cualquier cosa.

Ella le dirigió una mirada con los párpados entornados. La tentación se agitaba en su interior, pero luchó contra ella.

—Supongo que el mosaico habrá cobrado más sentido para ti, puesto que estás participando en su creación.

—Desde luego, es una experiencia que recordaré de por vida.

A las cinco, la mayor parte de la zona superior estaba acabada. Rhiannon se bajó del andamio para observar la impresión de conjunto antes de decidir si seguir adelante o no.

—¿Basta por hoy? —sugirió Gabriel—. ¿Limpiamos los pinceles y cerramos las latas?

—Hum. Supongo que sí.

—Lo haré yo, cuando te haya acompañado hasta el coche. Necesitas descansar.

Rhiannon se habituó a la presencia de Gabriel y a los momentos en que decidía ayudarla. Cuando él se ausentaba, Mick siempre estaba dispuesto a tomar un café y charlar tranquilamente.

Una vez terminada la fase de aplicar los colores, Rhiannon le pidió a Mick que le trajera ciertos materiales del almacén y se puso inmediatamente a mezclar el mortero, dispuesta a empezar a pegar las teselas. La primera fue una de color azul.

Gabriel apareció justo a tiempo de ver el estreno. Ella miró hacia abajo, buscando algo.

—¿Qué necesitas? —preguntó él.

—He olvidado subirme las tenazas para partir los azulejos.

Gabriel le acercó la herramienta y la contempló mientras ella se ponía las gafas de seguridad y los guantes para romper la esquina de un trozo de azulejo y obtener la forma deseada.

—Si tienes cosas que hacer, puedes marcharte —dijo Rhiannon, con ganas de trabajar a solas, concentrada.

—¿Te molesto?

Después de toda la ayuda que había recibido de él, ella se sintió un poco grosera.

—No va a ser nada divertido —improvisó encogiéndose de hombros—. En realidad, el trabajo de pegar las teselas resulta bastante tedioso.

Él se cruzó de brazos.

—Aún no me he aburrido.

—Haz lo que quieras —aceptó ella, tomando otro trozo de azulejo.

—Eso es lo que pienso hacer. Me gusta mirarte.

Rhiannon le dirigió una mirada asustada, pero él tenía la vista fija en la pared y eso era lo único que parecía importarle.

Gabriel se reprendió internamente por haber sido tan directo

mientras Rhiannon volvía al trabajo. Había puesto mucho cuidado en no alterarla desde que el episodio de la dirección en el taxi y no quería arruinar semanas de trabajo cauteloso cometiendo un nuevo error. Era evidente que no podría seguir de por vida con ese simulacro de trato impersonal, pero debía esperar a encontrar el momento adecuado para dar un paso adelante sin alarmarla.

—Estaré en mi despacho —dijo al cabo de un rato—. Y puedes contar con la ayuda de Mick cuando quieras.

Gabriel se sentó delante del ordenador, pero no pudo concentrarse en las cifras. Su memoria estaba centrada en la grácil figura de Rhiannon inclinándose para tomar otra tesela mientras el gesto acentuaba la línea de sus caderas. Recordaba la serena expresión de concentración en su rostro mientras trabajaba con las tenazas para dar forma a las piezas. Se moría por abandonar el despacho, bajar las escaleras, subirse al andamio y estrecharla entre sus brazos. Miró los sofás de la esquina, que eran demasiado pequeños para hacer lo que tenía en mente... o sea, hacer el amor pasionalmente durante el resto de la noche... y quizá durante el resto de la vida.

Pero ella había rechazado cada una de sus invitaciones, y parecía inútil pensar en la posibilidad de mantener una larga relación con una mujer que deliberadamente se negaba a participar en un coloquio amoroso.

Bueno, se dijo finalmente, aún había tiempo para seguir intentándolo. Gabriel Hudson no era un hombre que aceptara el fracaso fácilmente.

Poniendo su último plan en práctica, se dedicó a bajar de vez en cuando a observarla trabajar con cierto aire ausente. En ocasiones, desaparecía durante más tiempo del que le hubiera gustado con la esperanza de que ella lo echara un poco de menos.

Cuando estaban juntos, se mordía la lengua, obligándose a evitar cualquier alusión al romance y al sexo. Con el paso de los días, ella parecía cada vez más relajada, pero para él sentirse tan asexuado resultaba una auténtica tortura, aunque tenía que reconocer que la relación que estaban trabando contenía elementos desconocidos que no resultaban en absoluto desagradables. Cada vez que ella le sonreía abiertamente, sin miedo, él sentía que el corazón se le

encogía.

En ocasiones charlaban, muy pocas veces de temas personales, pero Gabriel tuvo la ocasión de enterarse de algunos detalles de su niñez y de cómo habían sido las relaciones con sus padres y su abuela. Se podría decir que había sido una niña feliz hasta el día del accidente automovilístico.

El día que consiguió hacerla reír a carcajadas con un comentario oportuno, sintió una descarga de adrenalina que se parecía mucho al placer sexual.

Se tomó como una victoria personal el hecho de que cierto día ella aceptara sentarse junto a él en las escaleras para tomar el café que Mick les había traído.

Rhiannon sacó con la espátula el último resto de mortero del cubo, lo aplicó sobre la pared y presionó contra él una tesela. Tenía que hacer una nueva mezcla de mortero, pero antes se dirigió al cuarto de baño, bebió un vaso de agua con avidez y se lavó las manos y la cara.

Dispuesta a subir las escaleras de nuevo, echó un vistazo al trabajo realizado con una mueca de satisfacción. Aún le quedaba mucho por hacer, pero la zona que requería la ayuda del andamio estaba casi terminada. Sólo faltaba la esquina que se curvaba, que sería la más difícil.

Se masajeó el hombro derecho y se sobresaltó cuando una mano se posó sobre la de ella.

—Lo siento —dijo Gabriel—, ¿no sabías que estaba aquí?

—No te he oído llegar.

Él mantuvo la mano sobre su hombro derecho y puso la otra sobre el izquierdo para aplicar un ligero masaje de tipo profesional.

Rhiannon sintió cómo sus músculos se relajaban y se dejó hacer, sorprendida de sentirse a gusto.

—¿Te sientes mejor? —preguntó al cabo de unos instantes—. Si quieres que pare, dímelo.

—Creo que sí —admitió.

Él gruñó satisfecho y continuó los rítmicos movimientos.

—¿Relajada? —preguntó al dar por terminado el masaje.

—Sí, gracias.

—Quizá sea hora de que abandones por hoy.

—Quiero terminar la esquina esa que se curva. Estaba a punto

de hacer una nueva mezcla de mortero.
—Está muy alta.
—Por eso tengo los hombros un poco tensos.
—¿Puedo ayudarte? Yo soy más alto. Si me dices lo que tengo que hacer...
—Bueno, supongo que yo podría aplicar el mortero y luego irte pasando las teselas... —aceptó ella sintiéndose un poco cansada.
Trabajaron codo con codo. Rhiannon elegía las piezas, las cortaba y le indicaba a Gabriel dónde y cómo colocarlas. Él pareció adaptarse rápidamente y en menos tiempo del que ella había calculado, la esquina estuvo terminada.
—El resto será mucho más fácil —dijo ella con evidente alivio—. Nunca había hecho algo tan complicado.
—No te arrepientes de haber aceptado el encargo, ¿verdad?
—Por supuesto que no. Es una gran oportunidad para mí.
—Creo que en ningún momento te ha asustado el reto.
—No —dijo ella consultando el reloj y sorprendiéndose de lo tarde que era—. ¿Puedo dejar los materiales sin recoger... puesto que mañana es domingo?
—Claro —dijo él bajándose del andamio y abriendo los brazos para que ella saltara.
—Prefiero bajar por las escaleras. Es más seguro.
—Te hubiera recogido sin problemas —aseguró él con ojos sonrientes.
—Lo sé —dijo ella bajando la mirada.
—Y a continuación te hubiera soltado, si eso era lo que deseabas.
—Lo sé —repitió ella sin alzar la vista.
—Entonces, ¿cuál es el problema, Rhiannon? ¿De qué tienes miedo?
Ella se mordió el labio inferior. De un montón de cosas, se dijo.
—De ti no —aseguró finalmente mirándolo a los ojos—. Sé que nunca me harías daño —si se atreviera a decirle la verdad podría sentirse liberada, pero...—. Es complicado —añadió con tono poco convincente.
—¿Demasiado complicado como para contármelo?
Ella volvió a mirarlo y se dio cuenta de que Gabriel deseaba que ella le confiara su secreto, de que era algo importante para él.

—Cuando tenía diecisiete años… —dijo en un susurro—, me pasó algo terrible.

—Lo sé… Quiero decir que me lo imagino, sospecho que tuviste una mala experiencia. ¿Sufriste una violación?

—No exactamente…

# Capítulo 7

¿NO EXACTAMENTE? Qué quería decir con eso, se preguntó Gabriel.

—Si ese hombre te hizo algo que no deseabas que te hiciera, la culpa no fue tuya —dijo.

—¡Ya sé que no fue culpa mía! —exclamó Rhiannon.

—De acuerdo. Entonces... ¿vas a contarme qué pasó?

Ella dudó, mirándolo con los ojos muy abiertos, como si estuviera hipnotizada. Se oyeron pisadas en el vestíbulo y apareció Mick.

—Parece que hoy ha progresado mucho el trabajo —dijo—. Buenas tardes, señor Hudson, no sabía que usted estuviera aquí.

Gabriel maldijo la intrusión para sí.

—Estamos trabajando —repuso con tono cortante, consciente de que el momento de las confidencias había llegado a su fin.

Mick parpadeó confuso al notar el tono de Gabriel, pero Rhiannon pareció volver a la vida.

—La verdad es que ya hemos terminado por hoy —dijo ella—. ¿Qué opina de los resultados? —preguntó con una sonrisa, bajando las escaleras a toda prisa para reunirse con el guardia de seguridad y contemplar juntos el estado del mosaico.

Gabriel la miró con dolor. Ella acababa de abandonarlo. .. ¡A él...! Para buscar la protección de otro hombre.

Mick parecía aliviado.

—No entiendo mucho de arte abstracto —confesó—, pero los colores son preciosos.

—Gracias por el cumplido —le dijo Rhiannon con la misma sonrisa—. Quedará mejor cuando esté acabado. Quiero terminar la zona alta cuanto antes para poder quitar el andamio.

Gabriel se cansó de que ella se comportara como si él no existiera y decidió intervenir.

—Vamos a dejar los materiales sin recoger hasta mañana, Mick.

Con el convencimiento de que no iba a llegar más allá esa noche con Rhiannon, Gabriel dejó que Mick la escoltara hasta el coche mientras él se tragaba su amargura.

Rhiannon no durmió apenas. Su mente volvía una y otra vez a

los espantosos recuerdos del pasado que creía haber enterrado para siempre. Conocía todo tipo de teorías sobre cómo hacer frente a las zonas oscuras de la mente, sobre cómo sacar los miedos a la luz del día, sobre cómo digerir las tensiones internas. Ya había pasado por ello, lo había superado a su manera, y no estaba dispuesta a volver a remover el pasado.

Al llegar la mañana, se dio cuenta de que estaba llena de resentimiento contra Gabriel, lo cual no era justo. Decidida a no permitir que los demonios se adueñaran de ella, procuró concentrarse exclusivamente en el mosaico, con la esperanza de que Gabriel fuera lo suficientemente sensible como para no insistir.

Pero cuando él llegó, en vez de hacerle caso omiso, sintió la necesidad de bajar del andamio para reunirse con él en el rellano del vestíbulo.

—He pensado —dijo él, mirándola con ese destello plateado que parecía querer penetrar en su alma— que podemos retomar las cosas donde las dejamos ayer.

Rhiannon no contestó, bloqueada por emociones contradictorias. Fijó la vista en las latas de pintura, aunque sabía que la frase de él no se refería precisamente al mosaico.

Aunque parte de su mente se burlaba de su propia timidez, Rhiannon se dijo resueltamente que Gabriel no tenía ningún derecho a conocer sus secretos más íntimos. Se aclaró la garganta y adoptó la expresión más neutral posible.

—Ya no necesito tu ayuda —dijo.

—¿Estás segura? Ayer lo pasamos estupendamente. ¿Por qué no seguimos?

—La zona que terminamos ayer era difícil. A partir de ahora puedo trabajar sola —repuso ella alzando la barbilla y dirigiéndose con determinación hacia el andamio.

Se atrevió a echar un vistazo al rostro de él y sólo se encontró con una máscara de granito.

—De acuerdo —dijo Gabriel—. Como tú quieras.

Él se marchó a su despacho, pero regresó al cabo de un rato con un par de tazas de café.

Rhiannon se sentó en las escaleras y Gabriel la imitó, manteniendo las distancias.

—Ayer empezaste a contarme algo importante —dijo él.

—Fue un error —contestó ella—. En cualquier caso, lo superé hace mucho tiempo.

—¿De veras?

—Sí —dijo ella advirtiendo el escepticismo casi sarcástico en el tono de voz de él.

—¿Viste a un psicólogo o algo así?

—A un psicoterapeuta —admitió ella con renuencia—. Durante casi un año.

—Quizá hubieras debido prolongar las visitas un poco más.

Rhiannon soltó una risa amarga.

—¿Piensas que estoy loca?

—Por supuesto que no. Lo único que creo es que reprimes tus emociones y eso no es sano.

Ella se terminó el café y se puso en pie. La temida charla había tenido el curioso efecto de relajarla y gran parte de su resentimiento contra Gabriel había desaparecido, dejando paso a una cierta sensación de confianza.

—Gracias por preocuparte por mí. Admito que estoy reprimida sexual y emocionalmente, pero he aprendido a vivir así y soy lo suficientemente feliz —o al menos lo había sido hasta que él había aparecido en escena—. Puedo convivir con mi frigidez —añadió inesperadamente.

—¿Frigidez? No me lo creo.

—Créetelo. Lo ha diagnosticado un experto.

—¿Quién?

—No importa —dijo ella dirigiéndose hacia los pinceles.

Él la detuvo, agarrándola por un brazo.

—¿Tu terapeuta? —adivinó—. ¿Era un buen profesional? —preguntó poniéndolo en duda.

—Era respetado y tenía muy buena reputación.

—¿Nunca pediste una segunda opinión?

Ella rió con amargura.

—Me sobran las segundas opiniones. La tuya acaba de añadirse a todas las de los demás hombres que he conocido.

—No estaba pensando en demostrarte personalmente que tu terapeuta estaba equivocado —se defendió Gabriel—. Sólo pretendía ayudar.

Él estaba lo suficientemente cerca como para que ella pudiera dejarse caer sobre su pecho si lo deseaba... y lo deseaba, pero se contuvo.

—No necesito ayuda. Ni la tuya ni la de nadie.

—De acuerdo. Si estás convencida de lo que dices... —aceptó él sin creerla.

Irritada, Rhiannon se concentró en la pared.

—Quiero seguir.

—Yo también —musitó él de modo casi inaudible.

Ella se subió al andamio y se puso a trabajar sin prisa, pero sin pausa, mientras él la observaba pacientemente en silencio. Después de lo que pareció una eternidad, él desapareció y ella no volvió a verlo en todo el día.

La siguiente vez que Gabriel se detuvo en el vestíbulo para observar su trabajo había recuperado por completo su aire casual y desenvuelto. No volvió a mencionar el pasado y Rhiannon se convenció de que había abandonado el tema para siempre. Empezó a relajarse cada vez más durante sus visitas, aunque no podía evitar una sensación de calidez cuando él estaba cerca.

Terminó de aplicar el mortero a la zona superior durante una tarde de domingo mientras Gabriel la miraba. Presionó la última tesela en su sitio y se incorporó.

—No puedo seguir en esta zona hasta que el mortero se seque —Gabriel le ofreció una mano para ayudarla a bajar y ella la aceptó sin pensar—. Creo que necesito hacer un poco de ejercicio —dijo, notando rigidez en los músculos.

—¿Qué te parece dar una vuelta por el paseo marítimo?

—¿Con esta ropa?

—Ni importa. Pero puedo prestarte una camisa limpia si lo prefieres.

Al recordar lo que había pasado la última vez que ella había estado en su despacho se le hizo un nudo en el estómago, pero él parecía tranquilo y ausente. Y ella sabía que durante los últimos días él había hecho un esfuerzo por no entrometerse en su vida privada. También sabía que Gabriel se retiraría ante la mínima señal de incomodidad por parte de ella.

—¿Guardas ropa de recambio en el despacho?

—Sí. Muchas veces es preferible tener aquí algo limpio en vez de

irme a casa para cambiarme.

—De acuerdo —aceptó ella con determinación.

Gabriel reprimió la urgencia de abrazarla y besarla allí mismo. Mantuvo su actitud informal, la condujo hasta su despacho y sacó una camisa blanca del armario.

—Hay un vestidor ahí —dijo indicando una puerta.

Cuando ella regresó, se había arremangado la camisa y se había hecho un nudo con los largos faldones a la altura de la cintura. Él se permitió una mirada apreciativa.

—Te queda mejor a ti que a mí —comentó, sin poder contenerse —. Salgamos —añadió rápidamente para no asustarla.

Sabía que se sentiría más segura en la calle, rodeada de personas.

Pasaron por delante de la obra de demolición que estaba casi acabada, atravesaron varias calles y ya cerca del paseo marítimo, Gabriel escogió un restaurante con terraza al aire libre donde podrían tomar asiento para contemplar el océano y las gaviotas.

—¿Te apetece comer algo? —preguntó Gabriel después de haber pedido una botella de vino.

—Si vamos a beber...

—¿Qué te parece si compartimos unos nachos?

Ella se mostró de acuerdo y comieron y bebieron sin hablar demasiado hasta que Rhiannon se sintió satisfecha y cansada. Bostezó.

—Discúlpame —rogó de inmediato.

—¿Te aburre mi compañía hasta ese punto?

Ella rió, meneando la cabeza.

—Sabes que no. Eres el hombre menos aburrido que conozco.

—¿Cuántos hombres conoces?

—Algunos —repuso ella cautelosamente bajando la mirada.

Él se preguntó si los conocería muy íntimamente y supuso que no.

Ella levantó la vista para contemplar la salida de un barco.

—Cuando era pequeña mis padres me llevaban a veces a pasar el día a North Shore.

—Podríamos hacerlo ahora —propuso Gabriel.

—¿De veras? —preguntó ella agradablemente sorprendida.

—¿Por qué no? —repuso él dando gracias por tener la

oportunidad de prolongar su encuentro.

Tuvieron que esperar unos minutos para tomar la barcaza que conectaba Auckland con North Shore cada media hora. Se situaron a proa y Rhiannon sonrió mientras la brisa le refrescaba la cara y le movía el pelo. Los edificios de la ciudad iban quedando atrás y pronto se divisaron las islas del Golfo de Hauraki. El océano estaba salpicado de barcos con velas multicolores.

—¿Te apetece sentarte? —preguntó Gabriel.

Rhiannon negó con la cabeza, descolocándose varios mechones de pelo que apartó rápidamente. Él se preguntó si ella sería consciente de lo atractiva que estaba, con el rostro sonriente, los ojos cerrados y la camisa anudada en torno a la cintura. Se obligó a contemplar el paisaje. De pronto, algo llamó su atención, era un delfín.

—Mira, Rhiannon —dijo, agarrándola del brazo—. Delfines.

Los delicados mamíferos saltaban en el mar, brillando al sol.

Ella soltó un grito ahogado de asombro y él la miró para disfrutar de su expresión de deleite. El resto de los pasajeros se amontonó a babor para gozar del inusitado espectáculo, lanzando gritos de admiración.

Los animales jugaron delante de ellos durante unos minutos y luego desaparecieron.

Rhiannon se estremeció.

—¿Tienes frío? —preguntó Gabriel—. Podríamos sentarnos dentro de la cabina.

—No, es más divertido estar aquí afuera —repuso ella temblando.

Sin cambiar apenas de postura, él la abrazó por detrás para darle calor. Notó cómo ella se tensaba ligeramente ante el inesperado contacto físico, pero para sorpresa propia, el cuerpo de Rhiannon se relajó inmediatamente y dejó caer los hombros sobre el pecho de él. Gabriel empezó a fantasear con su libido, pero se detuvo a tiempo. No podía estropear la confianza que ella estaba demostrando dando un paso en falso.

El barco saltó sobre las olas y ambos recibieron una lluvia de gotas salinas en el rostro, pero Gabriel necesitaba algo más para adormecer el calor de su cuerpo. Sin embargo, soltó el abrazo un poco para que Rhiannon se sintiera libre. Cuando llegaron a la

costa, ella desembarcó la primera.

Rhiannon no podía recordar la última vez que se había sentido tan ligera y espontánea. Pensó que el par de vasos de vino que había tomado podía tener algo que ver con la sensación de relajo que la inundaba.

Pero también tenía que ver con la presencia del hombre que la acompañaba en la excursión. Con Gabriel a su lado, no tenía que preocuparse por posibles tropiezos fortuitos con otros hombres. Él caminaba junto a ella con las manos en los bolsillos. Apuraron el paso hasta la playa y Rhiannon se quitó los zapatos y se arremangó los pantalones para caminar por la orilla, mojándose los pies. Gabriel se mantuvo al margen, estudiándola con una sonrisa.

Ella se sentía liviana, sin ataduras y feliz, como si una luz brillante la rodeara. Se agachó para recoger una venera de color rosa y se acercó a él para mostrársela. Era perfecta. Caminaron juntos por la playa. Un grupo de niños jugaba con las olas, gritando y persiguiéndose. En alguna parte ladraba un perro. Una pareja de enamorados se cruzó con ellos. Rhiannon se sentía ajena a todo menos a la sonrisa de Gabriel.

—¿Te diviertes? —preguntó él.

«Estoy enamorada», pensó ella, atónita. «Lo que estoy sintiendo es amor».

—Sí —dijo ella, con la mirada prendida de la de él—. Estoy bien.

Rhiannon recordó vagamente las sensaciones de su niñez, aunque lo que sentía en esos momentos era mucho más intenso, más profundo... y tan novedoso. Dio un mal paso.

—¿Rhiannon? ¿Qué te pasa?

—Creo que me he torcido el tobillo.

—¡Déjame ver! ¿Es éste?

Sus dedos fuertes empezaron a darle masaje al tobillo dañado.

—¡Gabriel! —gritó ella al cabo de un instante, riendo—. No es nada, ya está mejor.

—¿Estás segura?

Cuando ella asintió, él se incorporó y la tomó de la mano.

—Avísame cuando te hagas daño.

—No era nada, de verdad.

—Prométeme que jamás me mentirás.

—No lo haré —aseguró ella con una mezcla de euforia y pánico.

El mundo de Rhiannon parecía haber cambiado por completo en cuestión de instantes. No sabía qué había pasado. ¿Qué pasaría si ella decidiera confesarle su amor? Aceleró el paso, obligándolo a seguirla. Treparon por la ladera de hierba y él le ofreció un pañuelo para que se quitara la arena de los pies.

—Está tan limpio…

—No importa, se puede lavar.

Ella se limpió y se puso los zapatos.

Una vez en el pueblo, curiosearon en varias tiendas y finalmente entraron en una librería de segunda mano y compraron varios libros cada uno.

—¿Qué te parece si comemos algo antes de regresar? —propuso Gabriel.

El sol se estaba poniendo mientras ellos pedían la comida y ya era de noche cuando decidieron tomar la barcaza de vuelta a Auckland. En la distancia se apreciaban las luces de la ciudad. Rhiannon bostezó y Gabriel la apretó contra sí y sonrió satisfecho cuando ella apoyó la cabeza sobre su hombro y cerró los ojos. Ella confiaba en él lo suficiente como para quedarse dormida en sus brazos. Habían dado un paso de gigante, pero él sabía que no debía complicar más las cosas de momento.

Ella se despertó cuando atracaron, pero se mantuvo casi en duermevela hasta que Gabriel detuvo un taxi.

—Voy a llevarte a casa —dijo él—. No estás en condiciones de conducir.

—Mi coche… —protestó ella mientras él la ayudaba a entrar en el taxi.

—Le diré a Mick que lo vigile.

—He bebido más de lo que acostumbro —dijo ella, bostezando de nuevo.

—Y te has pasado muchas horas trabajando con el maldito mosaico.

—Es tu mosaico —rió ella—. Pensé que te gustaba.

—Estás exhausta.

—Estoy cansada —lo corrigió ella—. Y no es culpa tuya.

—Debería haberte enviado a casa a descansar en vez de llevarte de excursión.

—No necesitaba descansar. Necesitaba distraerme y he pasado un día maravilloso.

Ella alargó una mano y tocó la suya durante una fracción de segundo, pero el efecto que ese simple acto tuvo sobre él fue eléctrico. Rhiannon no prodigaba sus caricias.

—Me alegro —acertó a decir él en medio de fuertes emociones.

Ella le regaló una sonrisa soñadora y se puso a mirar por la ventana mientras él contemplaba su perfil y la línea de sus labios entre las sombras de la noche.

Cuando llegaron a su casa, Gabriel le pidió al taxista que esperara y la acompañó hasta la puerta.

—Si me das la llave del coche —dijo—, me ocuparé de que Mick lo meta en el aparcamiento.

Ella sacó la llave del llavero y se la entregó.

—Si quieres entrar… —propuso ella mirando al taxi que esperaba.

Gabriel contuvo el aliento. ¿Qué estaría pensando ella? Fuera lo que fuera, no confiaba lo suficiente en sus propios instintos como para aceptar la inusual invitación. No sería justo que él se dejara llevar por sus emociones. Ella estaba cansada y había bebido bastante.

—Aceptaré tu invitación en otro momento —dijo finalmente.

Con la duda de haber hecho una tontería, Gabriel se metió en el taxi.

—Creo que estás enamorada —dijo Peri.

—¿Qué? —exclamó Rhiannon, atónita, levantando la vista.

—Llevas más de diez minutos mirando a la pared con una sonrisa en los labios. Y no te has enterado de nada de lo que te he dicho.

—Lo siento, Peri —repuso ella, sonrojándose—. Estaba pensando.

—En tu arcángel, ¿no es cierto? Y no me refiero al mosaico. En todo caso, ¿cómo va el trabajo?

—Voy a dar la lechada de cemento blanco a la zona alta esta semana —cuando terminara de hacerlo sólo le quedaría la mitad del trabajo.

Menos incluso, porque la zona baja sería mucho más fácil. Tenía

sentimientos encontrados en cuanto a la finalización del trabajo. Por un lado deseaba con todas sus fuerzas verlo acabado y, por otra, sabía que eso podía significar el final de la relación con Gabriel.

Durante semanas, la atracción sexual que él había demostrado desde un principio había quedado oculta hasta casi desaparecer por completo. Ella ya se había planteado la posibilidad de que él hubiera abandonado sus propósitos con respecto a ella, decidido a no malgastar el tiempo con una mujer que no podía darle lo que él necesitaba.

El saber que estaba enamorada de él sólo provocaba en ella insoportables complicaciones y dilemas que la entusiasmaban y la amedrentaban al mismo tiempo.

Cuando Rhiannon empezó a aplicar la lechada de cemento blanco entre las teselas, Gabriel se ofreció a hacer el trabajo en la esquina superior curvada. Ella aceptó y le enseñó cómo quitar el cemento sobrante con una esponja antes de que se secara. Después, ella siguió trabajando bajo su atenta mirada durante un tiempo y luego se quitó los guantes y estiró la espalda.

—Suficiente por hoy —dijo Gabriel—. Eres más fuerte de lo que pareces, pero todos necesitamos descansar de vez en cuando. ¿Has comido?

—Una ensalada.

—¡Una ensalada! —exclamó él con disgusto—. ¿No te apetecería salir a comer algo más sustancioso?

—Estás de broma —dijo ella señalando las manchas que cubrían toda su indumentaria.

—Traeré algo entonces. ¿Comida china? ¿India? ¿Paquistaní?

—China —dijo Rhiannon.

Él regresó con unos paquetes de comida que olían deliciosamente al mismo tiempo que ella terminaba de limpiar y guardar las herramientas de trabajo.

—Podemos comer en mi despacho. Es más cómodo que las escaleras.

Una vez en el despacho, Gabriel extendió un periódico sobre la mesa y abrió los paquetes de comida. Cuando ella volvió de lavarse, él había dispuesto platos y cubiertos y había abierto una botella de vino. Se dieron un auténtico festín.

Después de comer, Rhiannon se recostó en el sofá, con una copa de vino medio llena en la mano. Gabriel estaba sentado en el extremo opuesto.

—No debería beber más —dijo ella.

—No pensarás seguir trabajando hoy ¿verdad?

—Quiero terminar la zona alta para retirar el andamio.

Rhiannon se inclinó sobre la mesa para dejar su copa sobre el periódico. Sin intención, se fijó en una foto y contuvo el aliento, sobresaltada. Un hombre apuesto de mediana edad miraba a la cámara.

—No puede ser verdad... —musitó ella.

Pero era cierto. Conocía a ese hombre aunque hacía años que no lo veía. Desplegó el periódico y vio los titulares: *Terapeuta acusado.* Leyó el primer párrafo del artículo:

*El terapeuta Gerald Dodd, acusado por dos pacientes de abuso sexual durante el tratamiento médico, se negó a hacer declaraciones a la prensa después de su comparecencia ante el juez el pasado viernes.*

Las palabras parecían bailar delante de sus ojos, le temblaban las manos y finalmente se dejó caer sobre las rodillas en la moqueta, estupefacta. Gerald Dodd. Era él, su terapeuta.

—¿Rhiannon? —la llamó Gabriel, alarmado—. ¿Qué te pasa?

Ella lo miró con los ojos turbios, sin verlo. En su mente sólo había espacio para el recuerdo de una sala escasamente iluminada, en la que Gerald Dodd le hablaba pacientemente con una mano sobre su rodilla.

—La frigidez se puede curar —había dicho—. Puedo ayudarte.

—¿Rhiannon? —insistió Gabriel—. ¿Te encuentras mal?

—Lo conozco —dijo ella.

Gabriel miró el periódico y su mirada se oscureció.

—¿Ha muerto alguien? —preguntó antes de leer los titulares—. ¿Conoces a ese hombre?

Rhiannon asintió, incapaz de hablar.

Gabriel leyó el artículo rápidamente y luego la miró con dolor.

—¿Era tu terapeuta? ¿El que te dijo que eras frígida?

Ella volvió a asentir, todavía atónita por la impresión.

Él juró por lo bajo.

—¿Se aprovechó de ti?

—No he leído... todo el artículo —musitó ella.

—Lo acusan de violación. Según él, se trataba de terapia activa con el consentimiento de los pacientes.

—Es posible —dijo ella—. Después de haberle contado tus secretos durante meses y haber recibido sus mensajes de simpatía, es posible que algunas pacientes lo hayan consentido, con la promesa de curarse. Ésa era su forma de actuar.

Pero ella había rechazado la oferta desde un principio. A pesar de sentirse frágil y vulnerable, había conservado el suficiente sentido común como para darse cuenta de que ésa no era la solución adecuada a sus problemas.

—¿Lo denunciaste?

—Nadie me hubiera creído, o al menos eso me dijo él. Se trataba de la palabra de una paciente trastornada frente a la de un reputado especialista.

Gabriel perdió su compostura habitual durante un instante, parecía furioso, pero la tomó de las manos y su mirada pareció suavizarse. Sin pensárselo demasiado, Rhiannon se arrojó entre sus brazos.

—Él decía que las pacientes solían engañarse sobre las intenciones de sus terapeutas. Que se imaginaban cosas que nunca habían sucedido en la realidad. Yo sabía que no me había inventado nada, pero él sonaba tan convincente que supe que jamás podría luchar contra él en un juzgado.

—¡Maldito idiota! —musitó Gabriel acariciándole los hombros suavemente. Rhiannon temblaba y Gabriel continuó el masaje por toda su espalda, estrechándola contra sí para que se apaciguara—. Ese hombre es un criminal —dijo él finalmente—. Un depredador de la peor especie, de los que se aprovechan de las presas más débiles. Espero que lo encierren en la cárcel durante muchos años.

—Gracias —susurró Rhiannon.

—¿Por qué?

—Por creer en mí. Por ponerte furioso en defensa mía. Por reconfortarme…

—¿Rhiannon?

—¿Sí? —contestó ella sin poder alzar la vista, pero relajada.

—¿Puedo besarte?

—Claro.

Gabriel dio gracias al Cielo por haberle permitido llegar hasta lo

más profundo de su alma antes de posar los labios sobre los suyos. Fue un beso tembloroso y dulce, consolador.

# Capítulo 8

RHIANNON flotaba en un mar de sensaciones. Gabriel la estaba seduciendo con la boca, ofreciéndole mucho más que simple confort y compasión. El movimiento de sus labios era cuidadoso y tentativo, sin exigencia, sin agresión. Esperaban pacientemente que ella se abriera a él mientras mostraban las posibilidades de placer que un beso podía lograr.

Al principio ella se mantuvo simplemente receptiva, con miedo de romper el frágil florecimiento de los sentimientos más exquisitos que había conocido jamás, pero al cabo de unos momentos se atrevió a devolverle el beso con cierta torpeza, imitando la presión de los labios de él. Con timidez, rodeó su cuello con los brazos, creando un ligero roce de sus pezones enhiestos contra el pecho de él. Metió una mano por debajo de su camisa, pero no pudo desabrochar el botón que le impedía un contacto más profundo. Él cuerpo de él se tensó y ella lo notó.

—Lo siento —dijo Rhiannon, separándose ligeramente de Gabriel—. ¿He hecho algo mal?

Él gruñó de forma extraña.

—¡No, preciosa! Todo lo que has hecho ha sido perfecto —dijo antes de inclinarse de nuevo para besarla.

Rhiannon reconoció vagamente la sensación de calor que corría por sus venas cuando Gabriel estaba presente mientras él profundizaba en el beso delicadamente, animándola a seguirlo en la aventura, y presionando cada vez más su pecho contra los pezones de ella.

Él le acarició la nuca y luego dejó que su mano descendiera hasta ajustarse al tamaño de su pecho izquierdo, bajo el que latía aceleradamente un corazón enamorado.

—¡Ah! —exclamó Rhiannon sobre la boca de él al sentir que un estremecimiento de placer la recorría de arriba abajo.

Gabriel levantó la cabeza, abandonó el pecho de ella y la abrazó.

—Si vamos demasiado deprisa para ti, dímelo. Lo haremos a tu ritmo.

Ella sabía que él no había interpretado bien su exclamación, pero el respeto y la delicadeza que destilaban sus palabras le llegó

hasta el fondo del alma. Alzó la cabeza, frotó sus labios con los suyos y notó cómo los brazos de él volvían a estrecharla contra sí. Rhiannon sintió la ternura de sus labios y abrió los suyos para él. El mundo a su alrededor se disolvió en una especie de bruma, lo único que importaba eran las sensaciones que Gabriel le estaba provocando.

—No es el sitio adecuado ni el momento justo, pero qué importa… —musitó él, presionándola contra los cojines.

Antes de que ella pudiera reaccionar a sus palabras, él volvió a besarla y ella se sumergió de nuevo en un torrente de sensaciones placenteras. Mientras le desabrochaba los botones de la camisa para entrar en contacto directo con su piel, Rhiannon se sintió extraña. ¿Era realmente ella la que estaba haciendo el amor con un hombre?

Las manos de él siguieron el ejemplo de ella, desabrochando botones y cremalleras hasta que ella se estremeció al notar las suaves caricias sobre su piel desnuda.

—¿No quieres seguir? —preguntó él con la mirada encendida.

—Sí —repuso Rhiannon riendo atrevidamente—. No te detengas.

Él soltó un ronco sonido gutural que expresaba satisfacción y dejó que su lengua recorriera seductoramente el camino desde la garganta de ella hasta uno de sus pezones.

Ella se mordió el labio inferior para contener un gemido de súbito placer y hundió los dedos en el cabello de él, descubriendo su maravillosa suavidad. A Rhiannon le daba la impresión de estarse sumergiendo en una realidad diferente, en un nivel sensorial superior y extraordinario. Cada roce y cada beso alimentaban la creciente intimidad arrastrándola hacia la cima de una montaña desconocida.

Gabriel dejó de besarla, la trasladó a la moqueta y puso un cojín bajo su cabeza, antes de besarla en el ombligo y en los muslos. Ella parecía estar sumida en una deliciosa ensoñación.

—Deberíamos tener una cama —dijo él con un gruñido llevándose la palma de ella hasta el corazón para que pudiera sentir el ritmo de su pulso. Ella lo miró y descubrió el brillo plateado de sus ojos, más intenso que nunca—. ¿Estás segura de que no quieres parar? Porque a partir de ahora va a ser tremendamente difícil.

Rhiannon meneó la cabeza, incapaz de hablar. Tenía miedo,

pero se sentía eufórica. Estaba turbada por la excitación, atrapada en una oleada de sensaciones nuevas, en una tormenta de emociones.

Gabriel le acarició el pelo y la besó brevemente.

—Espérame un segundo —dijo levantándose.

Ella cerró los ojos sintiendo un frío repentino ante su ausencia mientras lo oía abrir un cajón. Instintivamente, se cubrió con las manos los pechos desnudos y notó cómo una sensación de alarma se apoderaba de ella momentáneamente. ¿Qué era lo que estaba haciendo?

Pero en ese momento Gabriel regresó y la cobijó de nuevo entre sus brazos, desnudo. Ella se aferró a él para sentir su calor y su fuerza y disipar así su miedo. Cuando él volvió a besarla, ella se derritió de nuevo y le devolvió el beso con fervor. Sintió cómo la virilidad de él crecía contra su vientre y se descubrió dispuesta a recibirlo con una mezcla de excitación, alivio y triunfo. Él la acarició y besó por todo el cuerpo antes de sumergirse en el centro de su feminidad. La penetró con cuidado y despacio hasta que encontró una cierta resistencia y dudó. Pero ella cruzó las piernas en torno a su cintura y lo atrajo hacia sí, clavándole los dedos en la espalda.

—Por favor, sigue —rogó.

Él la besó y se lanzó ciegamente hacia su interior. Ella soltó un gemido de dolor. Gabriel la miró y Rhiannon vio angustia en sus ojos.

—¿Rhiannon? —dijo él con voz quebrada.

—No pasa nada —susurró ella moviendo las caderas.

Él gimió y empezó a moverse delicadamente, sin dejar de mirarla.

—¿Te encuentras bien?

—¡Sí! —repuso ella balanceándose con mayor intensidad.

Él gimió de nuevo y la besó con pasión, agitando las caderas para acompasar el ritmo. Rhiannon cerró los ojos y se dejó llevar hasta el convulso vértice de una oleada de exquisitos estremecimientos de placer. Gabriel no tardó mucho más en alcanzar su propio clímax, con los labios firmemente presionados contra el cuello de ella.

Las manos de Rhiannon se deslizaron por la espalda de Gabriel y

él relajó el abrazo para dejarse caer hacia un lado.

—Lo que está claro —dijo él con una sonrisa maliciosa y los ojos brillantes— es que no eres frígida.

No con él, obviamente. La noticia debería resultar liberadora y, sin duda, parte de ella se regocijaba, pero otra parte estaba consternada. Gabriel tenía la capacidad de hacerle perder el control y el acto de amor había sido revelador e impresionante. Lo habían hecho espontáneamente, sin reflexionar, sobre el suelo.

Gabriel la observaba debatirse internamente, a sabiendas de que ella aún no había recobrado la compostura. De pronto se dio cuenta de cómo ella cambiaba la expresión de su rostro, cerrándose a él, y maldijo por lo bajo.

Rhiannon se levantó y se puso a recoger sus ropas para vestirse.

—No lo hagas, por favor —suplicó él con urgencia—. No vuelvas a escaparte de mí.

—No me estoy escapando —repuso Rhiannon alzando la barbilla.

Gabriel sabía que ella seguía allí físicamente, pero su mente ya no estaba con él. Se había vuelto inaccesible. Y no estaba dispuesto a permitirlo.

—Rhiannon —dijo—, no podemos fingir que esto no ha ocurrido.

Ella miró hacia otro lado mientras se abotonaba la camisa y él se incorporó para tomarla de la barbilla, desesperado, buscando su mirada.

—Puede que estés acostumbrada a cerrarle la puerta a tus problemas, pero en esta ocasión no funcionará. Háblame. Tiene que haber algo más, algo que todavía no me has contado.

Ella se desasió y siguió vistiéndose sin hacerle caso. Él optó por vestirse también, preparado para tener una confrontación verbal con ella si era necesario. Se colocó delante de la puerta, bloqueándole el paso.

Ella advirtió el brillo de sus ojos y dio un paso atrás.

—Ha sido un error —dijo—. Y no te atrevas a criticar mi forma de resolver los problemas. He conseguido convertirme en una mujer normal yo sola.

Gabriel dudó. Podía dejarla encerrarse en su caparazón o aprovechar la reciente intimidad para obligarla a seguir hablando.

—¿Una mujer normal? ¿Sin vida sentimental? —la provocó.

—¡Es mi vida! Y eso es lo que yo deseo.

—¡Me deseas a mí! Me has deseado y me has conseguido —ella palideció y él se sintió compungido, pero decidió no abandonar la lucha—. ¿Para qué negarlo? —inquirió Gabriel con angustia—. ¿Por qué dejar que los fantasmas del pasado te arruinen un proyecto de vida futura?

—¡No es ésa mi intención!

—A mí sí me lo parece. Puede que hoy hayas recorrido un largo camino, pero tengo la impresión de que aún no has llegado hasta el final.

—¿Qué es lo que te imaginas?

—¡Maldita sea! ¡Nunca sabré lo que te traumatiza si tú no me lo cuentas! —gritó él, furioso y frustrado.

Rhiannon parpadeó, pero se mantuvo firme.

—Ya te he contado la historia de Gerald Dodd.

—Porque te pilló por sorpresa la noticia del periódico. Pero lo que aún no sé es por qué fuiste a verlo.

Gabriel se dio inmediatamente cuenta de que sus palabras habían sido demasiado directas. Ella había puesto los ojos en blanco y parecía ausente y bloqueada. ¿Qué podía haberle ocurrido para que aún reaccionara de esa manera? Decidió cambiar de táctica.

—¿Qué piensas hacer con respecto a Dodd?

—¿Qué? —preguntó ella parpadeando sin haber comprendido del todo—. ¿Qué quieres decir?

—No lo denunciaste en su día y ahora hay más víctimas.

—¡Eso no es culpa mía!

—No —aceptó él—. Pero otras mujeres se han atrevido a denunciarlo y ahora tienes la oportunidad de aportar tu queja para reforzar la acusación.

—¿En un juzgado? —preguntó ella encogiéndose—. Ya hay dos testigos, no necesitan más.

—Hazlo por tu propio bien.

—No necesito vengarme. Y tampoco necesito tus consejos —dijo ella con firmeza.

Fin de la conversación, pensó Gabriel. Incomprensiblemente, ella se recobró por completo y se puso a recoger los restos de la comida con eficacia. El deseó tomarla por los hombros y agitarla

hasta que volviera a prestarle atención, pero supo que eso sólo la hundiría más en la oscuridad de su trauma.

Gabriel se pasó una mano por la cara y se acercó a la botella de vino para servirse lo que quedaba en una copa que apuró de un trago. Supo que ella se había puesto a limpiar para ayudarse a esconder en lo más profundo de su mente el hecho de que habían hecho el amor. Gabriel sintió lástima y decepción.

—Puedes dejar la bolsa de los desperdicios ahí —dijo él—. Mi secretaria se ocupará de hacerla desaparecer.

—Gracias —dijo Rhiannon estirándose.

—De nada —repuso él, renunciando a besarla como despedida —. Cuenta conmigo —añadió con deliberada ironía.

—Vuelvo al trabajo —informó ella—. Puedo hacer el resto yo sola.

¿Volver al trabajo?, se preguntó Gabriel con amargura, al darse cuenta de que eso sólo era otra táctica más para alejar los recuerdos de lo que había pasado entre ellos.

—Avísame si necesitas algo —dijo él—. Estaré aquí trabajando.

—Gracias —dijo Rhiannon antes de cerrar la puerta tras ella.

Sí, se dijo Gabriel con acritud, gracias por dejarla marchar a solas a reencontrarse con ese mundo artístico, sin sexo ni deseo, que parecía colmar su vida.

Se colocó las ropas y se dejó caer sobre el sillón, incapaz de ponerse a trabajar, atormentado por los recuerdos del cuerpo de ella firmemente unido al suyo.

Al cabo de unos instantes decidió encender el ordenador. Si ella podía trabajar, él también. Pero el recuerdo de sus manos, de su boca... seguía ahí. Recordó la leve resistencia que ella había mostrado cuando él había empezado a penetrarla y, de pronto, se dio cuenta de que eso había sido algo más que el simple síntoma de una abstinencia prolongada... ¡Rhiannon era virgen! O al menos lo había sido hasta esa tarde. Se estremeció de frío y empezó a sudar. Había supuesto que Gerald Dodd había llegado hasta el final, pero en realidad ella no había dicho nada semejante. Se sintió culpable de no haber adivinado la verdad y de haber aprovechado su momento de debilidad para dar rienda suelta a su pasión.

Aunque ella lo había animado a seguir, le había devuelto los besos y se había aferrado a él, desaprovechando las oportunidades

que había tenido de detenerse. Pero él debía haber mostrado mucho más tacto. Se odió a sí mismo por no haber sido más delicado, más tierno, más considerado. Pero se consoló pensando que lo que él sentía por Rhiannon no era una simple atracción sexual. La amaba y nunca se cansaría de ella.

Deseaba compartir sus sonrisas, su talento, su entusiasmo por el trabajo, su forma de entender el arte, sus escasas risas, su intensidad, el trato cálido que sólo dispensaba a sus clientes, a Peri, a Mick... Deseaba liberarla de sus ataduras y ser feliz junto a ella. Que ella fuera feliz junto a él. Para siempre. La súbita evidencia de que amaba a esa mujer por encima de todo lo dejó atónito.

Pero se había mostrado demasiado egoísta y ella se había apartado de él, encerrándose de nuevo en sí misma. Tendría que discurrir una nueva estrategia para resolver las cosas.

Media hora más tarde, bajó las escaleras con intención de irse a casa. Rhiannon también parecía dispuesta a marcharse.

—Puedes pedir que desmonten el andamio mañana mismo —dijo ella—, ya no lo necesito.

—Me ocuparé de ello —contestó él.

—Gracias por tu ayuda —dijo ella rápidamente mientras él abría la puerta de salida—. Tengo el coche ahí enfrente. Todo irá bien.

Él la agarró del brazo.

—Rhiannon..., lo siento. Me he aprovechado de la oportunidad que me has brindado y debería haberme mostrado más sensato y con mayor fuerza de voluntad.

—No hay nada que perdonar —dijo ella con tono comedido—. La entrega ha sido mutua. Ya no soy una adolescente y tú me diste la oportunidad de parar. No puedo culparte de nada.

—Pero te arrepentiste después —dijo él sintiéndose fracasado.

—No por culpa tuya —repuso ella haciendo un esfuerzo para mirarlo a los ojos.

Él la miró desconcertado, adivinando una pizca de tristeza en sus ojos, como si ella estuviera renunciando valientemente a algo que deseaba con todas sus fuerzas.

—Quiero que sepas que si piensas que te has aprovechado de mí, yo también me he aprovechado de ti. En realidad, te he utilizado.

—¿Utilizarme?

—Necesitaba a alguien sobre quien apoyarme. Y tú estabas ahí.

—¡No me importa! Puedes apoyarte sobre mí siempre que quieras.

—Imposible.

—¿Qué quieres decir? Todo el mundo necesita apoyarse en los demás.

—¿Todo el mundo? —preguntó ella con una mirada burlona, soltándose de su mano—. Avísame cuando retires el andamio para que pueda seguir trabajando.

Gabriel la dejó marchar, aunque se quedó en la calle hasta que ella puso el motor de su coche en marcha.

Al día siguiente, después de cerrar la galería, Rhiannon se fue a casa. Cenó con Janette mientras veían un programa de actualidad en la televisión. Levantó la vista del plato al oír el nombre de Gerald Dodd. Tembló y se sonrojó al ver una foto de él en la pantalla. El locutor estaba diciendo:

—... negó las acusaciones de violación que le han hecho varias pacientes. Esta noche entrevistamos al hombre que asegura verse perseguido por dos mujeres trastornadas y desdeñadas.

Rhiannon se hundió en el sillón llena de ira. Convulsionada por fuertes emociones contradictorias, no escuchó las presentaciones preliminares, pero luego prestó atención.

El hombre que hablaba tranquilamente desde su despacho no había cambiado mucho. Se deshizo en explicaciones sobre los penosos trastornos de sus pacientes, que no siempre lograba resolver con éxito. Dijo que era normal que las mujeres de psique frágil llegaran a enamorarse de sus terapeutas. Eso era algo que él no podía evitar, pero algunas se sentían despreciadas cuando él se negaba a tener relaciones sexuales con ellas y buscaban venganza en los tribunales. Aseguró que él no tenía nada que ocultar y que cualquier otro terapeuta corroboraría sus palabras.

Rhiannon se dio cuenta de que había hablado con aplomo y que nadie dudaría de su credibilidad.

—¿Tú lo crees? —le preguntó a Janette cuando llegaron los anuncios.

—Parece convincente, un poco ladino, quizá. Pero saldrá de ésta. Es su palabra contra la de dos pacientes que, además, son amigas. Será difícil probar nada.

—No se merece salir libre —murmuró Rhiannon—. ¡No se lo merece!

# Capítulo 9

LA SECRETARIA de Gabriel le había dejado un mensaje a Peri diciendo que el andamio del edificio de Angelair había sido desmontado, por lo que Rhiannon carecía de excusa para no volver al mosaico.

—Peri, ¿te importaría ayudarme a terminar el proyecto de Angelair? —preguntó impulsivamente—. Te pagaría, por supuesto.

—Sí, ¿por qué no? —repuso él—. No soy un experto en mosaicos, pero te he visto trabajar muchas veces y creo que podría ayudar.

Cuando Gabriel vio que Peri la acompañaba, trabajando en el diseño de la parte baja, le lanzó a Rhiannon una mirada hiriente, alzando las cejas burlonamente.

—Peri me va a ayudar con el resto del proyecto —explicó ella, devolviéndole una mirada desafiante.

—Ya veo —dijo él a sabiendas de que estaba utilizando al ayudante como escudo protector, lo cual significaba que había adoptado una postura de cobardía.

Pero quizá eso era mejor que seguir expuesta a unas emociones por las que no quería volver a pasar. ¿O no?

Peri trabajaba deprisa y se ocupaba de todas las tareas más duras, como transportar los azulejos y el mortero, aunque también colocaba teselas con diligencia. El trabajo progresaba rápidamente y cuando Gabriel regresó para echar un vistazo, se mantuvo en un silencio meditabundo.

Al terminar de colocar las teselas y aplicar la lechada blanca, Rhiannon despidió a Peri.

—Gracias, Peri, creo que puedo terminar el resto yo sola.

—De nada, cuenta conmigo en cualquier ocasión. ¿Qué hay entre tú y el arcángel Gabriel?

—Nada. Se limita a echar un vistazo a su mosaico de vez en cuando.

—No es eso lo único que mira. Te observa como un halcón. ¿No te da miedo?

—Claro que no.

—Entonces..., ¿por qué evitas que tu mirada se cruce con la

suya? Ya no sales con él, ¿verdad?

—Lo del espectáculo africano fue excepcional. Nos limitamos a las relaciones profesionales.

—Ya. Creo que estás asustada. ¿Es por su culpa? Hablaré con él.

—¡No! Él no tiene la culpa de nada.

Estaba claro que Gabriel no era el culpable de que ella estuviera asustada. El miedo procedía de su interior, obligándola a evitar emociones que pudieran provocar reacciones imprevisibles y confusas. Sin embargo, sentía que había llegado la hora de resolver los asuntos pendientes, de dar un paso al frente en la oscuridad.

Una vez Peri se hubo marchado, Rhiannon subió al despacho de Gabriel dispuesta a enfrentar con él cara a cara, pero sólo se encontró a Mick.

—El señor Hudson está de viaje —dijo él—. Me pidió que me ocupara de usted.

—¿Gabriel se ha ido?

—Ha tenido que marcharse a Australia urgentemente. ¿No se lo ha dicho? Su hermano ha sufrido un accidente de coche. Dirige la oficina de Sydney.

El recuerdo del accidente de sus padres la trastornó.

—¿Ha sido grave?

—No lo sé, pero el señor Hudson parecía preocupado.

Gabriel no le había hablado mucho de su familia, pero la única que vez que había mencionado a su hermano lo había hecho con afecto. Rhiannon habría deseado que él hubiera hablado con ella antes de irse, para darle la oportunidad de demostrar su preocupación y simpatía, pero sabía que no tenía derecho a esperar tales confidencias, tal y como estaban las cosas.

Mick trajo una escalera de mano y ella se dedicó a limpiar los últimos restos de cemento blanco de las teselas. Durante la tarde siguiente aplicó la pintura metálica sobre las líneas que definían las alas de los ángeles. Cuando terminó se bajó de la escalera para observar el efecto de conjunto.

—Tiene muy buen aspecto —dijo Mick—. Puede usted estar orgullosa.

Rhiannon le regaló una sonrisa. Todo había quedado según lo previsto, aunque algo seguía dándole vueltas en la cabeza. Por alguna razón no estaba satisfecha del todo. Estudió los bocetos una

y otra vez, pero no pudo dar con el detalle que la inquietaba.

Peri se la encontró en la galería analizando detenidamente la fotografía del icono ruso y comparándola con el boceto final.

—Algo no encaja —explicó ella—. Pero no sé lo que es.

—El diseño es perfecto. ¿No te estarás volviendo demasiado perfeccionista?

—Me da la impresión de que no está terminado, de que falta algo.

El echó un vistazo al material gráfico que Rhiannon tenía desplegado sobre la mesa, evidentemente concentrado.

—Rhee... —dijo finalmente poniendo un dedo sobre el icono ruso—. Lo único que falta es el halo sobre la cabeza y la rosa que lleva en la mano.

Ella miró la rosa, llevándose una mano al corazón con dolor.

—No —dijo—. No se trata de eso, no es una copia.

—Lo sé, pero... Bueno, eres tú la que tiene que decidir.

A la tarde siguiente, Rhiannon volvió al edificio de Angelair. La mañana había sido borrascosa y habían caído varios chubascos. El rumor de las ruedas de los coches sobre la calzada mojada se unía al de las máquinas que seguían trabajando a marchas forzadas en el edificio colindante.

Mick trajo de nuevo la escalera de mano y la afirmó sobre la pared.

—Estaré por aquí mientras usted trabaja, por si necesita algo.

Ella se había traído la foto del icono ruso y la sostenía delante de los ojos, comparándola con el mosaico. Siguiendo una súbita intuición, se subió a la escalera y empezó a perfilar el tallo y los pétalos de la rosa sobre las teselas. La tensión que había sentido desde el día anterior fue desapareciendo de forma gradual mientras trabajaba meticulosamente.

—¡Hasta yo soy capaz de reconocer esa imagen! —exclamó Mick, sorprendido.

—¿Puede alcanzarme esas dos latas de pintura, por favor? —pidió ella.

Estaba terminado de rellenar la rosa de color cuando oyeron que se abría la puerta de entrada, dando paso a Gabriel, que llegaba con el pelo mojado y la ropa chorreando.

Rhiannon se quedó petrificada. Él contempló el mosaico durante unos instantes y luego la miró a ella.

—Te relevo, Mick —dijo.

—¿Cómo está su hermano, señor Hudson?

Gabriel seguía mirando a Rhiannon, pero al cabo de unos instantes se volvió hacia Mick.

—Aún no ha salido del trance, pero está estable. ¿Por qué no te tomas el día libre? Tengo un montón de trabajo y puedo ayudar un poco a Rhiannon si es necesario.

—Claro, jefe. Me iré a tomar algo con un par de amigos. Me habían invitado pero les dije que esta noche tenía que trabajar.

Después de que Mick se hubo marchado, Gabriel decidió ponerse en movimiento y empezó a subir las escaleras. Parecía cansado, estresado y demacrado.

—No esperaba encontrarte aquí —dijo.

—Siento lo de tu hermano —repuso ella—. Mick me contó que había tenido un accidente.

—Un conductor borracho se echó sobre él. Le han tenido que quitar el bazo y recomponerle varios huesos, pero las perspectivas son buenas. Está con su mujer y con mi madre. Mi presencia ya no era necesaria.

«Tu presencia si es necesaria, para mí», se dijo Rhiannon quedándose paralizada por el pensamiento.

Él miró el mosaico.

—Sigue trabajando —dijo—. No permitas que te distraiga. Pero me gustaría quedarme unos minutos, verte trabajar me relaja.

—Ya he terminado casi —dijo ella retocando con el pincel la curva de un pétalo.

Dio unas pinceladas más y concluyó. Cerró la lata de pintura y se la pasó a Gabriel.

Él la depositó en el suelo y luego aseguró la escalera de mano mientras ella descendía. Al llegar al suelo y volverse se lo encontró de frente con los brazos apoyados en la escalera, uno a cada lado de ella. El corazón de Rhiannon dio un brinco, pero lo miró sin miedo encontrando en él una mirada interrogativa. Con lentitud, ella puso una mano sobre el pecho de él.

Él se inclinó ligeramente hacia delante, dándole tiempo para escapar, pero ella no se movió.

Los labios de él estaban fríos por causa de la lluvia, pero se calentaron al contacto con los suyos en un beso lento y seguro, lleno de erotismo reprimido. Ella cerró los ojos y lo saboreó, concentrada por completo en la firme masculinidad de su boca, que insistía pacientemente para entreabrir sus labios.

Luego se separó.

—Espero que no te haya importado —dijo él—. Lo necesitaba.

—Yo también —repuso ella echándole los brazos al cuello al ver un brillo de agradecida sorpresa en sus ojos.

Le ofreció su boca de nuevo.

Él soltó la escalera y le rodeó la cintura con los brazos, estrechándola contra sí. Pero no la retuvo por mucho tiempo, consciente de que podía asustarla. Ella gimió y se alzó sobre las puntas de los pies para darle un beso contenido. Él se estaba mostrando tan cuidadoso, tan considerado, que su corazón se derritió y abrió la boca, deseándolo, necesitándolo, confiando en él...

Rhiannon se sentía flotar en una nube de sensaciones celestiales. Gabriel dio por terminado el beso en la boca y arrastró los labios por su mejilla hasta llegar al cuello. Luego volvió a besarla en la boca, con urgente necesidad.

—Gracias —dijo él finalmente con un brillo especial en la mirada. Después miró el mosaico—. Esa rosa no estaba en el diseño original —comentó.

—No, es verdad. ¿Te importa?

Él meneó la cabeza mirándola con curiosidad y algo más.

—No, me gusta. ¿Por qué la has añadido?

—Ha sido una intuición de última hora. Una necesidad. Creo que queda bien.

—Sí —corroboró él—. ¿Lo has firmado ya?

—No —no había querido firmarlo hasta que no hubiera resuelto esa incertidumbre de última hora. Tomó un pincel fino, lo mojó en pintura y escribió sus iniciales sobre una de las teselas. Luego volvió a reunirse con él.

—Felicidades —dijo él—. Este mosaico añade mucho valor al edificio. La gente hablará de él.

—Creo que es mi mejor obra, aparte de la más grande. Gracias por ofrecerme esta oportunidad —dijo mirando a su alrededor—.

Supongo que tendré que recoger todo esto y limpiar los pinceles.

Gabriel se limitó a asentir con la cabeza y empezó a desmontar los focos. Rhiannon recordó que él había dicho que tenía mucho trabajo atrasado en el despacho.

Una vez recogido todo el material en el almacén, Gabriel le entregó la llave a Rhiannon para que pudiera sacar las cosas cuando mejor le conviniera.

—Realmente tengo que atender un par de asuntos urgentes —dijo él—. ¿Sería demasiado pedir que me acompañaras a mi despacho y esperaras a que terminara? Quiero hablar contigo, estar contigo.

—De acuerdo —aceptó ella sin reservas.

Al llegar a los ascensores, Gabriel recordó.

—A lo mejor prefieres que subamos por las escaleras.

—No, está bien, no hay problema.

Cuando se abrieron las puertas, ella dudó durante un segundo antes de entrar en la cabina. Gabriel la siguió y apretó el botón correspondiente a su piso.

Las puertas se cerraron y el ascensor empezó a elevarse. Rhiannon se había colocado en una esquina y Gabriel recordó el momento de su primer encuentro. De pronto, se oyó un chasquido y la cabina se detuvo al tiempo que se apagaban las luces.

Gabriel lanzó una maldición antes de presionar el timbre de alarma. Nada. No había corriente eléctrica y el panel de control no funcionaba.

—¿Rhiannon? ¿Te encuentras bien? —preguntó en la oscuridad.

—Sí —dijo ella, aunque la tensión era evidente por su tono de voz.

—No pasa nada —intentó tranquilizarla él—. Sólo es un corte eléctrico —añadió mientras comprobaba que el teléfono de emergencia tampoco funcionaba—. ¡Maldita sea! —exclamó.

—¿Qué pasa?

—No estamos en peligro —dijo él eligiendo las palabras con cuidado—, pero el teléfono de emergencia no funciona. Me temo que los obreros del edifico de al lado nos han cortado los cables accidentalmente.

—Usa tu teléfono móvil —sugirió ella—. No me he traído el mío.

—No tenemos cobertura aquí dentro —dijo él acercándose a ella —. Estamos atrapados por el momento, pero espero que no tarden mucho en arreglar la avería.

Mick había salido con unos amigos y si tardaba en volver podrían verse obligados a permanecer dentro de la cabina del ascensor durante horas.

Él intentó tomarla de la mano, pero ella lo rechazó.

—Soy yo —dijo él tontamente. ¿Quién más podría ser?

—Lo sé, pero no me toques, por favor.

Gabriel se sintió casi ultrajado. Estaba atrapado junto a una mujer que tenía un miedo atroz a los ascensores y no veía la manera de salir del apuro. Y Rhiannon se comportaba como si él fuera a atacarla.

—¡Por Dios Santo! —gruñó—. ¿Te he dado alguna vez motivo para que me tengas miedo? Cuéntame de una vez qué fue lo que te sucedió en aquella ocasión.

Ella no respondió y él dio un puñetazo a la pared del ascensor. Volvió a lanzar una maldición, esa vez en voz alta, sin preocuparse de si asustaba a Rhiannon.

—Lo siento —dijo ella.

—¿Qué es lo que sientes?

—No tengo miedo de ti, Gabriel. Lo que me da miedo es que si me abrazas podría ponerme histérica. Y eso no aliviaría para nada nuestra situación.

—No te preocupes, puedes ponerte histérica si quieres, intentaré consolarte.

Ella rió.

—¿Estás preocupado por mí?

—Claro, sé que odias los ascensores.

—Pero es mejor estar contigo que estar sola.

—Puede pasar un buen rato hasta que nos saquen de aquí. Creo que lo mejor será que nos sentemos en el suelo y nos pongamos cómodos. ¿Tienes frío?

—No. De hecho hace bastante calor.

—Pídeme la chaqueta si la necesitas.

—Gracias —dijo ella dejándose caer sobre el suelo junto a él, pero sin aproximarse.

Él se moría por estrecharla entre sus brazos para protegerla de

sus miedos. Pero ella se mantenía voluntariamente distante y Gabriel no tenía más remedio que acatar su decisión. Intentó buscar un tema de conversación que los distrajera durante la espera, pero tenía la mente en blanco.

—Voy a declarar en contra de Gerald Dodd —dijo ella al cabo de un rato, en medio de la oscuridad.

—¿De veras?

—Ya he hecho una declaración completa en la comisaría. Tenías razón. Debía hacerlo por mi propio bien.

Gabriel tragó saliva. Dar ese paso había tenido que ser muy difícil para ella y él no había estado allí para acompañarla.

—¿Cuándo sale el juicio?

—La próxima semana.

—Iré contigo.

—No. Quiero hacerlo sola.

—¿Por qué?

Ella se mantuvo en silencio durante largo rato, tanto que él llegó a creer que no volvería a decir palabra.

—Hace cinco años fui secuestrada —dijo ella de pronto.

—¿Secuestrada? —de todas las posibilidades que había imaginado, ésa no se le había ocurrido—. ¿Para pedir un rescate?

—No, conocía al secuestrador —dijo al fin—. Había sido compañero mío en el colegio. Salí con él un par de veces, pero lo rechacé a la tercera.

—¿Por qué?

—Era tan intenso que me hacía sentirme incómoda. Me dijo que había esperado años antes de decidirse a pedirme una cita. Y también me dijo toda clase de cosas extravagantes, como que llevaba toda la vida esperándome y qué jamás se había fijado en otra mujer. Al principio me hizo reír, pero sólo conseguí ofenderlo. Me di cuenta de que estaba obsesionado conmigo y no me gustó, así que decidí dejarlo.

—Me parece una decisión muy sensata.

—Sí. Pero luego perdí a mi madre y él se mostró tan caballeroso, tan preocupado, tan reconfortante... que entablamos una relación de noviazgo.

—¿Y...?

—Él se volvió cada vez más posesivo. No me dejaba moverme,

no podía ni siquiera quedar con mis amigas sin pedirle permiso previamente. No era una relación sana y finalmente decidí que no podía soportarlo durante más tiempo. Pero él no estaba dispuesto a respetar mi decisión. Empezó a mandarme largas cartas de amor y flores casi todos los días. Provocaba encuentros conmigo constantemente hasta que un día le grité que me dejara en paz. Él desapareció durante varias semanas, pero luego empezaron las llamadas silenciosas. Yo sabía que era él, pero él no decía nada.

—¿No acudiste a la policía?

—No lo pensé. Nunca me había amenazado y yo confié en que si pasaba el tiempo, él me olvidaría.

—Pero no lo hizo.

—Una noche, cuando salía de una conferencia, me detuvo en la calle. Me dijo que sabía que se había comportado como un idiota, me pidió disculpas por haberme molestado y me convenció de que quería darme una explicación. Yo le contesté que no necesitaba explicaciones, pero dejé que me convenciera para tomar un café. Supongo que en esos momentos me sentí un poco culpable de su desgracia, sentía lástima. Él dijo que iría a buscar su chaqueta al coche y lo acompañé. Había aparcado debajo de un árbol y abrió el maletero. Me pidió que sujetara la puerta mientras él metía la cabeza y buscaba. No recuerdo lo que pasó exactamente, pero lo siguiente que supe fue que estaba encerrada en su maletero. Él lo había planeado todo cuidadosamente y sus movimientos fueron muy rápidos. Nadie se dio cuenta de lo que había pasado. Ni siquiera tuve tiempo de gritar pidiendo auxilio.

Gabriel sintió cómo sus músculos se tensaban. Aunque Rhiannon estaba relatando la historia con calma, él supuso que debió de sentirse petrificada de miedo.

—¿Adónde te llevó?

—A una casa abandonada en mitad del bosque, sin vecinos. Me dijo que estábamos hechos el uno para el otro y que necesitábamos estar juntos para poner las cosas en claro.

—¿Cuánto tiempo pasaste allí?

—Seis días. Realmente no es mucho tiempo, pero a mí me pareció una eternidad.

—Lo comprendo.

—La primera noche no dormimos ninguno de los dos. Él no

intentó… acercárseme físicamente, pero mantuvo la conversación girando en torno a la idea de que nos pertenecíamos el uno al otro. Me dijo que me había llevado hasta allí para darme la oportunidad de reconocer que él tenía razón. Traté de razonar con él, discutí, supliqué, grité y lo amenacé con avisar a la policía. Le pedí que me llevara a casa y le prometí que no le contaría a nadie lo ocurrido. Pero él se limitó a pedirme que fuera paciente.

—¡Paciente! —explotó Gabriel.

—No me levantó la voz en ningún momento, pero cuando le dije que tenía que salir a hacer mis necesidades, me siguió y…

—¿Qué?

—Había un contenedor de materiales de derribo detrás de la casa. Me encerró en él con un candado.

—¿Te encerró?

—Me dejó allí mientras él acudía a sus clases en la universidad. Todos los días me dejaba comida y bebida. Aunque hacía calor durante el día, unos árboles me protegían con su sombra. Había hecho unos agujeros en la chapa para que pudiera respirar. Pero el contenedor estaba oscuro y era demasiado pequeño. Me dijo que esperaría hasta que yo me decidiera a aceptarlo como marido. Me trajo rosas, rosas rojas, todos los días. Nunca podré olvidar el olor de esas flores. Por la noche preparaba la cena y me sacaba para que comiéramos juntos en la cocina de la casa, siempre con ese gran ramo de rosas sobre la mesa. La situación era estrambótica.

—¿Estrambótica? Era una auténtica pesadilla.

—Era un hombre enfermo. Ahora está internado en una residencia psiquiátrica —explicó Rhiannon, para alivio de Gabriel —. Durante esas cenas no dejaba de mirarme fijamente hasta que yo le decía que estaba cansada y que necesitaba dormir. Entonces me invitaba a acompañarlo a la cama y cuando yo me negaba me volvía a encerrar en el contenedor. Una noche acepté con la esperanza de que bajara la guardia en algún momento y yo me pudiera escapar en su coche. Estaba incluso dispuesta a tener una relación sexual con él y esperar a que se quedara dormido para escabullirme. Pero cuando nos metimos en la cama, descubrí que no era capaz de hacerlo y discutimos. Fue la primera vez que lo vi furioso. Volvió a encerrarme en el contenedor, desnuda, y al día siguiente no me trajo comida.

Gabriel flexionó los dedos sintiendo náuseas.

—¿Cómo saliste?

—Mi abuela había denunciado la desaparición y mis amigos le contaron a la policía lo que había estado pasando entre nosotros. Por suerte, tomaron la historia en serio y una noche lo siguieron. Vieron cómo abría el contenedor, pero...

—¿Qué pasó? —preguntó Gabriel conteniendo la necesidad de abrazarla.

—Él los descubrió. Los policías estaban armados, pero él tenía un cuchillo y amenazó con matarme primero y luego matarse él. Y lo decía en serio. La policía se abstuvo de hacer ningún movimiento equívoco y él se encerró junto a mí en el contenedor. Estuvimos allí durante horas.

—No me extraña que odies los sitios pequeños —dijo Gabriel.

—No son mis favoritos —comentó ella con agria ironía—. En aquellos momentos, él había perdido la razón por completo. Al final, decidí mentirle. Le prometí que me casaría con él, que me había dado cuenta de que lo amaba perdidamente. Le dije que si me casaba con él no podría testificar en su contra y que podríamos ser felices juntos durante toda la vida.

—Esa ley ya no está vigente, ¿verdad?

—Creo que no, pero él no lo sabía. Tenía tantas ganas de creerme que avisó a la policía y pidió que trajeran un cura. Ellos aceptaron, pero mandaron a un policía disfrazado de sacerdote.

—¿Saliste herida?

—No. Lo atraparon, le pusieron las esposas y se lo llevaron. Así acabó todo.

Pero ella había sufrido un grave trauma, pensó Gabriel.

—Por eso acudiste al terapeuta —dijo.

—Sí. Y el doctor Dodd me ayudó mucho al principio. Estaba tan bloqueada que no podía salir a la calle sola. Dormí con la luz encendida durante meses. La simple presencia de cualquier hombre me colapsaba. Mi abuela tuvo que acompañarme a las primeras sesiones de terapia hasta que empecé a confiar en Gerald Dodd.

—Pero él te traicionó.

—Llevaba meses con él, para mí representaba el camino hacia la normalidad. Al cabo de un tiempo empezó a tomarme la mano, explicándome que necesitaba volver a aceptar el contacto físico.

Parecía lógico. Pero luego siguió acariciándome los brazos, la cara, el cuello… y a mí no me gustó, a pesar de que él se mostraba muy persuasivo. Me convencí de que era necesario para mi terapia, pero cuando se puso a tocarme en otros sitios… empecé a sospechar que aquello era ridículo. Cuando me convenció de que sufría frigidez por causa del trauma y me propuso ayudarme personalmente, supe que algo iba mal y dejé de acudir a sus citas.

—Y fue entonces cuando perdiste por completo la confianza en el género humano —comentó Gabriel.

—Algo por el estilo —corroboró ella.

—Pero confiabas en tu abuela…

—¡Por supuesto!

—Sin embargo, ella murió, ya habías perdido a tu madre y tu padre sólo vegetaba…

—¿Qué tratas de decirme?

—Que te quedaste sola y decidiste no volver a confiar en nadie más. Todos tus seres queridos te habían abandonado y tú eras demasiado joven.

—¡No tan joven!

—Tenías diecisiete años, no eras una persona adulta. Tenías miedo de todo el mundo y por eso no me has dejado acercarme a ti. Acabo de estar con mi madre y mi cuñada en el hospital de Sydney. Todos hemos llorado los unos en brazos de los otros.

—Sois una familia. Yo ya no tengo familia. No es lo mismo.

—Me tienes a mí, Rhiannon, yo te, amo. Quiero casarme contigo y que vivamos felices para siempre. No puedo prometerte no morirme jamás, pero mientras siga vivo, quiero ser la persona que te proporcione apoyo y amor.

Ella se mantuvo en silencio durante tanto tiempo que Gabriel no pudo evitar llamarla.

—¿Rhiannon?

—¿Sabes qué? —dijo ella al cabo de unos instantes—. Tengo frío.

—Ven aquí —dijo él quitándose la chaqueta.

Ella se acercó un poco y él le echó la chaqueta sobre los hombros.

—¿No vas a pasar frío tú? —preguntó Rhiannon.

—No mientras sigas a mi lado —dijo abrazándola.

# Capítulo 10

RHIANNON se sintió muy cansada de repente. El cuerpo de Gabriel le daba calor y, a pesar de haber rememorado los fantasmas del pasado, se sentía en calma y segura.

—Te amo, Gabriel —dijo mientras él la estrechaba contra sí—. He estado enamorada de ti durante mucho tiempo, pero no me sentía lo suficientemente fuerte, o entera, como para dar un paso adelante en la oscuridad. Tenía miedo de permitirme amarte y que me abandonaras. No hubiera podido soportarlo. Pero cuando decidí declarar en contra de Gerald Dodd, volví a recuperar mi fortaleza. Me di cuenta de que si decidía amarte y tú me dejabas, podría superarlo.

—Jamás te abandonaré, al menos voluntariamente. Aunque me muera, seguiré contigo, lo juro —él cambió de posición para poder besarla dulcemente—. Aún no me has dado el sí. ¿Quieres casarte conmigo?

—Sí —contestó ella—. En cuanto salgamos de este maldito ascensor.

Rhiannon dormitaba sobre el brazo de Gabriel cuando se encendieron las luces y el ascensor empezó a moverse. Se paró en el piso correspondiente y las puertas se abrieron como si nada hubiera pasado.

Allí estaba Mick, esperándolos con expresión ansiosa.

—¿Se encuentran bien? —preguntó mientras ellos se ponían de pie con los cuerpos doloridos—. Algún idiota cortó los cables.

Gabriel pasó un brazo por los hombros de Rhiannon.

—Nunca me he sentido mejor en toda mi vida—dijo.

—Uh, uh —comentó Mick con una sonrisa.

—Supongo que no tienes una licencia de matrimonio en el bolsillo, ¿verdad?

—Me temo que no —repuso Mick sonriendo cada vez más—. ¿Se van a casar?

—Ella me ha prometido casarse —dijo Gabriel— en cuanto saliéramos del maldito ascensor. Pero creo que vamos a tener que tomárnoslo con calma.

No esperaron demasiado. Gabriel estuvo en ascuas hasta que finalmente llegó el día en que Rhiannon le prometió respetarlo y amarlo de por vida delante de un sacerdote y él le devolvió la promesa. Abandonaron la fiesta de celebración en taxi, con dirección a uno de los mejores hoteles de Auckland para pasar la noche.

—Todavía me intriga la rosa que añadiste al mosaico —comentó él.

—Fue una especie de catarsis —reconoció ella.

—Algún día me gustaría poder regalarte flores.

—Algún día estaré encantada de que lo hagas.

Él se inclinó para besarla y ella le devolvió el beso, riendo.

—Me siento divinamente, esto es lo mejor que me ha pasado en toda mi vida —dijo él.

—Gracias. Yo también soy inmensamente feliz y todo te lo debo a ti.